

BOLSILIBROS
BRUGUERA

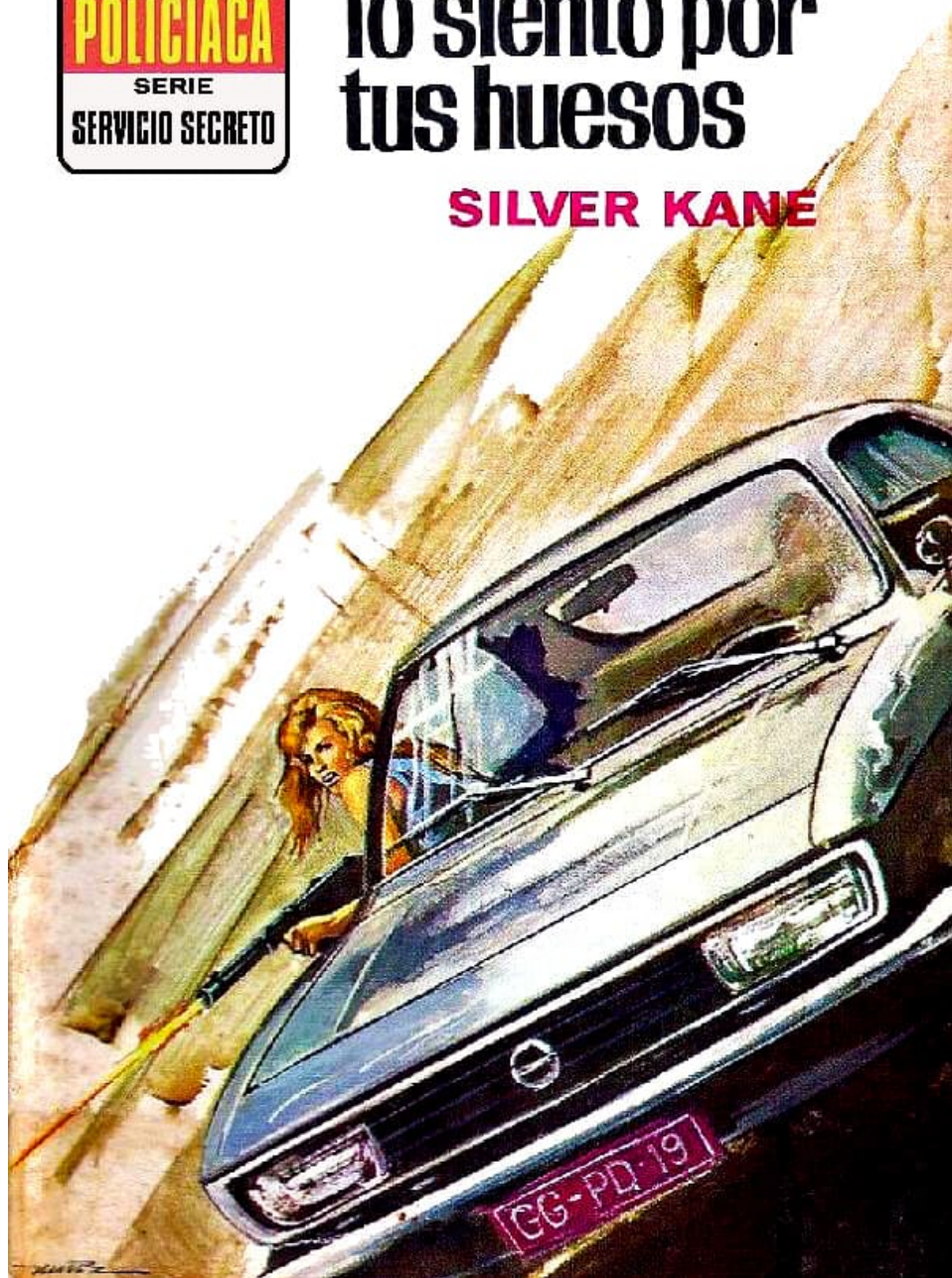
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

lo siento por tus huesos

SILVER KANE



El automóvil era un viejo Dodge modelo 1968. En algunas ciudades europeas, y estando bien cuidado, aún habría hecho un discreto papel, pero en aquella carretera californiana, con el motor petardeando de una forma irregular y la carrocería molida a batacazos, el Dodge era pura chatarra. Sus ocupantes lo habían comprado en un campo de automóviles de segunda mano cuando aún estaba en buen uso y causaba efecto, pero llevaban tres meses con él. Y tres meses circulando a velocidades máximas, sin ocuparse de cambiar el aceite y aparcando siempre «de oído», o sea, atizando al de delante y al de detrás, acaban con cualquier coche. Últimamente apenas se había arrastrado desde Sausalito hasta allí, gimiendo en cada curva y con riesgo de dejarse piezas en cada subida.



Silver Kane

Lo siento por tus huesos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1252

ePub r1.1

Lds 05.06.18

Título original: *Lo siento por tus huesos*

Silver Kane, 1974

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



PRIMERA PARTE

LA CACERÍA

CAPÍTULO PRIMERO

FAROS APAGADOS

El automóvil era un viejo Dodge modelo 1968. En algunas ciudades europeas, y estando bien cuidado, aún habría hecho un discreto papel, pero en aquella carretera californiana, con el motor petardeando de una forma irregular y la carrocería molida a batacazos, el Dodge era pura chatarra. Sus ocupantes lo habían comprado en un campo de automóviles de segunda mano cuando aún estaba en buen uso y causaba efecto, pero llevaban tres meses con él. Y tres meses circulando a velocidades máximas, sin ocuparse de cambiar el aceite y aparcando siempre «de oído», o sea, atizando al de delante y al de detrás, acaban con cualquier coche. Últimamente apenas se había arrastrado desde Sausalito hasta allí, gimiendo en cada curva y con riesgo de dejarse piezas en cada subida.

Lo ocupaban dos hombres y dos mujeres.

El que iba junto al conductor musitó:

—Apaga los faros. La luz blanca que se extendía delante del Dodge quedó sustituida por una claridad espectral, pues hasta aquella curva apenas llegaba la luz de la luna. El Dodge la tomó a poca velocidad para no salirse del asfalto y de pronto apareció ante sus ojos la llanura. Ahora todo el camino era recto hasta perderse de vista. Desde el rancho que estaba a dos millas de distancia no pudieron verles, porque ellos ya habían tomado la curva con las luces apagadas.

El conductor gruñó:

—Este motor hace demasiado ruido.

—No te preocupes; a doscientas yardas no nos oirán. Para cuando llegues a aquella estaca blanca.

La estaca se distinguía claramente a la luz de la luna y marcaba el límite de las tierras del pequeño rancho. El Dodge se detuvo allí y quedó oculto tras unos matorrales. De todos modos, la luz lunar tampoco lo hubiera denunciado al reflejarse sobre su carrocería, porque toda ella estaba cubierta de una inmensa costra de suciedad y de polvo.

Los cuatro ocupantes del Dodge descendieron de él. Los dos hombres eran altos, delgados y tenían gestos indolentes. Uno era rubio, casi albino, y tenía las facciones exageradamente nórdicas. En sus ojos había algo de inhumano y de glacial, como si jamás hubiera pasado por ellos ningún sentimiento.

El otro, al contrario, era muy moreno. Por sus facciones, por su especial quietud y por su modo de mirar, recordaba a un indio. Como su amigo, vestía pantalones tejanos y una chaqueta llena de clavos, condecoraciones e insignias. Sus cabezas estaban cubiertas por sombreros que llevaban las insignias de la Confederación sudista durante la guerra civil. Cada uno de ellos llevaba además un magnífico revólver, y en la cintura del que tenía cara de indio destacaban los mangos de algunos pesados cuchillos.

En cuanto a las mujeres, hubieran llamado la atención de cualquier concurso de belleza, aunque sus ropas dejaban mucho que desear. No llevaban más que unos *shorts* y unas camisitas casi transparentes, que sólo servían para destacar aún más la enorme cantidad de cosas que había debajo de ellas. Sus largas y hermosas piernas se mostraron con esplendidez cuando las estiraron para salir del coche.

Uno de los hombres dijo:

—Adelante.

Un perro ladró en la lejanía.

Sin duda los había olfateado. Por su potente ladrido, se notaba que era un can de los que infunden respeto.

Todos supieron que un momento después lo tendrían allí, si es que no estaba atado.

Y, en efecto, el perro vino como una bala hacia ellos. Era un precioso mastín negro que podía acabar con un hombre con sólo ponerle las patas encima. Y los dos hombres sabían que no iban a

poder disparar contra él so pena de ser oídos desde la casa.

—Tú, Indio.

El de las facciones de indio captó la orden de su compañero. No se inmutó. Extrajo uno de los cuchillos que descansaban en su cintura.

El lanzamiento fue perfecto. Cuando el mastín ya llegaba casi a su altura, se estremeció de pronto. La hoja de acero se le había hundido en el cuello hasta las cachas.

Indio recuperó el cuchillo al cabo de unos instantes, cuando el noble animal ya había dejado de moverse, y lo limpió en su propia piel. Luego dijo:

—Adelante.

En el interior de la casa, un hombre joven se había levantado al oír el ladrido del perro. Asomó un poco por una de las ventanas mientras decía:

—Chris...

—¿Qué?

—Me parece que alguien se acerca.

—Yo también he oído al perro, pero ha dejado de ladrar...

—Eso es lo que más me preocupa.

El hombre fue a alejarse de la ventana para tomar un rifle. El silencio más total les envolvía ahora. Salió con el arma al porche de la casa.

Al abrir la puerta no se dio cuenta de que quedaba alguien tras ella.

El hombre estaba apoyado en la pared.

Indio lanzó el cuchillo con un gesto de asco, como si aquello fuera demasiado fácil. El dueño de la casa se estremeció, pero no llegó a lanzar ni un grito. La hoja de acero le había llegado hasta el fondo del corazón.

Su esposa salió un instante después. Le había llamado la atención el ruido de la caída del cuerpo. Se llevó las manos a la garganta, sin fuerzas ni para lanzar un grito, cuando lo vio tendido en el porche.

De pronto su garganta se crispó.

Fue a lanzar un auténtico alarido de muerte.

Pero entonces un brazo pasó por delante de su cuello, inmovilizándola. Una hoja de acero se clavó dos veces en su pecho

implacablemente.

No se había producido ni un solo sonido estridente.

Nada que pudiera llamar la atención de los otros ranchitos situados a poca distancia.

Indio gruñó:

—Buen trabajo, Carnicero.

El otro hizo un gesto de disculpa, como indicando que podía haberlo hecho mejor, y arrancó el cuchillo, limpiándolo sobre la misma muerta. Luego miró a las dos mujeres que se acercaban sigilosamente.

—Sandra... Leila...

Las dos se movieron entre las sombras para llegar hasta donde estaban ellos. Notaron que ponían un cuchillo en la derecha de cada una.

Sandra preguntó:

—¿Cuántos niños hay?

—Tres.

—¿Cuántos años tiene el mayor?

—Seis.

—De acuerdo. Nos ocuparemos de ellos. Seguro que ni se han despertado.

Carnicero hizo un gesto indolente, como si apartara una mosca.

—Los niños siempre son unos dormilones —dijo—. Bueno, pues que sigan durmiendo.

Las dos mujeres entraron en silencio en la casa, mientras ellos se dirigían hacia el sitio donde suponían que estaba la caja fuerte. Al cabo de unos instantes, no oyeron más que unos leves chillidos de angustia.

—Alguno se les ha despertado —dijo Indio con un gesto de asco—. ¡Estúpidas! Ni eso saben hacer...

Pero los chillidos cesaron enseguida.

Para ser sustituidos por el denso, espeso, eterno silencio de la muerte...

CAPÍTULO II

UN HOMBRE LLAMADO MURDER

Normalmente, los periódicos de todo el mundo, y en especial la próspera Prensa de California, tienen que publicar al menos dos veces al año noticias de matanzas que hacen estremecer a cualquier persona sensible y ponen en guardia a todos los padres de familia que habitan en lugares más o menos despoblados del país. Pero esta vez la gota de agua hizo rebosar el vaso. Después de varios asesinatos masivos ocurridos últimamente, este último, del que habían sido víctimas un matrimonio y sus tres pequeños hijos, todos pasados a cuchillo, hizo que el *sheriff* Wonder se estremeciera de horror, diese un par de puñetazos a la mesa y llamase a su ayudante Sttaford.

Sttaford era un hombre tranquilo, apacible. Siempre fumaba en pipa y parecía como si para él nada tuviese interés. Cuando entró en el despacho de su jefe, ya llevaba el parte en la mano, recibido por el teletipo.

—Lo he leído, jefe —susurró—. Ese hombre, Streicher, el muerto, empezaba a ser un gran abogado. Lo que pasa es que no vivía en la ciudad porque la salud de la mujer necesitaba un clima más seco. Su rancho estaba en Dawson Canyon, ¿sabe? Cerca de Monument Peak.

—¡Demasiado lo sé! —gritó Wonder—. ¡Incluso yo había estado una vez allí! ¡Y conocía a los tres chicos! ¡Y estoy decidido a que esto se liquide de una vez sin preocuparme de si en California van a restablecer o no la pena de muerte!

Sttaford le entendió a la perfección.

Dijo:

—¿Murder?

—Sí.

—Murder querrá saber si le apoyaremos pase lo que pase.

—A Murder le apoyaremos pase lo que pase —dijo el *sheriff*—. Tengo buenos amigos en la alta política del Estado. ¡Prométaselo! Dígale que por ninguno de sus «descuidos» recibirá, la menor advertencia.

Sttaford dijo:

—Bien, jefe.

Y salió.

No se había inmutado en absoluto.

De su pipa seguían brotando unas tranquilas volutas de humo mientras se dirigía a la sala de información de la jefatura del condado.

Dos policías estaban allí, recogiendo las noticias que les llegaban por télex. Sttaford preguntó:

—¿Dónde está Murder?

—Ya lleva matados a dos —gruñó uno de los policías.

—Pero ¿qué dices...?

—Seis hombres han sido descubiertos en la zona de Ontario cuando llevaban el cadáver del pequeño Jonathan Miller.

—¿Jonathan Miller? ¡Pero si sus padres pagaron el rescate...!

—Al parecer aquellos hijos de perra habían matado ya al chico cuando pidieron el dinero —explicó el mismo policía—. E iban a deshacerse del cuerpo en San Bernardino Riverside, después de cobrar, cuando Murder los descubrió. Fue una casualidad. Por lo visto Murder tenía una chica por aquellos contornos.

—¿Y siempre que va a ver a una chica lleva su rifle?

—Sí. Dice que por si tiene que defenderse cuando ella se pone pesada.

—¿Y Murder está solo allí?

—Al principio sí, pero ahora ya ha llegado un coche patrulla..., cuando Murder ya había liquidado a dos hombres.

Sttaford miró en el mapa la situación. El mapa ocupaba toda la pared y era una maravilla de exactitud, como si uno contemplase el panorama desde un satélite artificial. Para llegar hasta la zona de Los Ángeles llamada Ontario, donde está el aeropuerto

internacional, era mejor que tomase la carretera número 60 que empalma con la Riverside Freeway un poco más arriba de Magnolia Center. El lugar en que le señalaban el tiroteo estaba situado un poco al sur de Glen Avon.

Llamó a su jefe, el *sheriff* Wonder, y ambos tomaron el coche patrulla más rápido de que disponían, conducido por un antiguo piloto de carreras que había estado tres veces a punto de quemarse vivo. Fue casi milagroso que llegaran intactos a la zona, donde un grupo de patrulleros había interrumpido ya la comunicación. Los disparos se oían en todas partes, como si poco más allá se estuviera desarrollando una batalla campal.

El *sheriff* gruñó:

—Dejen paso.

No tardó en ver a Murder, parapetado tras la chatarra de un coche incendiado, empleando su rifle contra una hilera de casas bajas donde había una funeraria, una casa de hot dogs (¿de dónde sacarían la carne para los bocadillos?) y un *dancing* donde debían acudir las parejas para besarse en las noches de luna.

Pero ahora no había ni luna ni narices. Ahora pesaba sobre el paisaje el sol blanco de California. Detrás de la chatarra, la camisa clara de Murder y sus espaldas anchas destacaban demasiado a la luz.

Sin duda el tío se la estaba jugando. El coche tras el que se parapetaba no había ardido por casualidad, sino porque los sitiados habían lanzado una granada. Y una situación de seis contra uno y encima con enemigos que llevan granadas, no parecía lo que se dice muy alentadora para Murder.

Sin embargo éste parecía tan tranquilo.

No se precipitaba. El rifle descansaba entre sus manos como si no tuviera nada que hacer con él.

Sttaford perdió su habitual sangre fría mientras le gritaba desde el ángulo de una de las casas:

—¡Cúbrete!

El otro no se movió.

Ni Sttaford ni el *sheriff* entendían cómo un solo hombre pudo haber cercado a seis enemigos cuando aún no contaba con la ayuda de ningún coche patrulla. Pero la respuesta estaba a la vista. Encerrados en una de las casas, ninguno de los secuestradores podía

atreverse a salir. Dos de ellos lo habían intentado, cubiertos por el fuego de los otros, y allí estaban sus carroñas pudriéndose al sol. Las balas implacables de Murder les habían alcanzado cuando aún no estaban en la esquina; El *sheriff* aulló:

—¡Cúbrete mejor! ¡Enviarán otra granada!

Sabía que Murder no podía, contar con la ayuda de los patrulleros, porque los pocos que habían llegado bastante trabajo tenían con acordonar la zona y evitar que allí ocurriera una catástrofe.

Como si sus palabras hubieran sido una premonición, en una de las ventanas apareció un hombre. Llevaba en su mano derecha una granada de mano.

Fue a lanzarla contra la chatarra del coche, para acabar de convertirla en pedazos y convertir también en pedazos al hombre que estaba tras él. Pero Murder parecía esperar aquello.

No vaciló ni una décima de segundo.

Diríase que apenas movió el rifle.

La bala alcanzó a su enemigo en el cuello cuando aún no había lanzado la granada. De un modo maquinal e instintivo fue a apretarse la herida con las manos, y entonces la granada estalló. Lo que quedó del individuo hubiera podido caber en la cesta de un carnicero.

Los otros se dieron cuenta de que estaban perdidos, porque continuamente iban a llegar más patrulleros a la zona. Intentaron una salida desesperada disparando como perros rabiosos.

Lo que quedaba del automóvil saltó convertido en débiles chispas metálicas. Murder, pegado a una de las ruedas, empleó su rifle con una espantosa calma y con una sobrecogedora eficacia.

Uno de los hombres, que ya estaba en el portal de la casa, se echó hacia atrás y se llevó las manos crispadas al cuello como si en torno al mismo se hubiera enroscado una víbora.

Otro empezó a descender por las escaleras que llevaban al lado opuesto, pensando que si huían en distintas direcciones, Murder no tendría tiempo de cazarlos a todos.

Pero bajó aquellas escaleras más deprisa de lo que hubiese querido.

De pronto notó que todo daba vueltas en torno suyo.

Chocó contra la barandilla. Y lo más extraño de todo era que no

sentía ningún dolor, pero en cambio iba dejando contra los barrotes una serie de manchas de sangre.

El *sheriff* Wonder corrió hacia los restos del coche.

—¡Les has dado, muchacho! ¡Les has dado!

Murder se volvió apenas hacia él, con las facciones impasibles.

Debía tener apenas veinticinco años. Era rubio y llevaba el pelo cortado como un marine. En una de las mangas de la camisa había un agujero de bala, rozando su poderosa musculatura, pero él no parecía haberlo notado siquiera.

—¿Qué pasa, *sheriff*? —musitó.

—¡Te necesito para un trabajo!

—¿Urgente?

—¡Sí!

—Pues tendrá que esperar.

—¿Por qué?

Murder no contestó.

Giró velozmente el rifle.

¡Craaaac!

El disparo pareció el graznido de un buitre. El hombre que había logrado encaramarse hasta el tejado de una de las casas saltó hacia atrás chillando, mientras tendía los brazos al cielo, Murder gruñó:

—Ya decía yo... No me salían las cuentas.

Y se volvió amablemente hacia Wonder mientras preguntaba:

—¿Qué chiste me estaba contando usted, *sheriff*?

Wonder lanzó una maldición.

—¡Ni chiste ni narices! ¡Mira!

Le puso delante de la cara la noticia del teletipo donde estaban recogidos los detalles esenciales sobre la estremecedora matanza del rancho de Streicher. Aquella misma noticia del teletipo estaría llegando ya a aquellas horas a las redacciones de los diarios, donde sin duda se prepararía una edición especial. El *sheriff* sabía lo que aquello significaba.

—Van a freímos dentro de unas horas —dijo—. Nos van a llamar de todo. Por eso hace falta que los atrapes antes de que salgan de estos límites y los mates. Sean quienes sean, debes matarlos antes de que puedan decir una palabra.

Murder cabeceó.

Sabía lo que pensaban muchos hombres como el *sheriff* Wonder,

hombres de cuyas manos se estaba escapando la ley.

Pensaban que no podrían dominar la ola de crímenes mientras no volviera a aplicarse la pena de muerte, cuyo restablecimiento había sido votado ya. Pero por el momento no se aplicaba ni siquiera a hombres como Manson.

—Bueno... —dijo Murder calmamente—. California está llena de vagabundos que aprovechan el buen clima. Y si las cosas se ponen mal dadas, tienen cerca la población de San Diego, la frontera de Tijuana y la hospitalidad de México. Nadie puede reprocharle a usted que existan esas bandas, *sheriff*. Nadie le puede echar nada en cara, de modo que tranquilícese.

—Las bandas de vagabundos puede que no me importen —dijo Wonder con voz crispada—, pero esos espantosos crímenes han sido cometidos en mi distrito y pienso castigarlos como en los buenos tiempos en que imperaba la ley de la cuerda. ¿Sabe por qué no les importa matar a esos perros, aunque sea para conseguir un miserable puñado de dólares? Porque saben que, como máximo, arriesgan ocho o diez años entre rejas. La condena es a cadena perpetua, pero luego vienen los indultos, la buena conducta... Prefiero su sistema, Murder.

Prefiero que su rifle imponga la ley.

Murder apretó los labios.

Tenía un bonito historial.

Expulsado de los federales.

Expulsado de la policía de Los Ángeles.

Expulsado de la policía de Oregón.

Expulsado de los «cascos azules» al servicio de la ONU.

Todo esto en seis años. Difícil sería conseguir un récord «mejor».

Motivos... ¿Motivos? Mujeres bonitas y gatillo fácil. Uno no se puede escapar con la hermana del jefe de policía sin que pase algo. Uno no puede encontrar en su dormitorio a la mujer del embajador de Tanzania a las cuatro de la madrugada sin que se remueva la ONU. Uno no puede matar a un jeque árabe que había raptado a una muchacha durante un viaje a Estados Unidos sin que las grandes compañías petrolíferas, deseosas, de mantener las mejores relaciones con los súbditos de Alá, gritarán:

«¡Que expulsen a ese perro!».

Ahora Murder era sencillamente una cosa: detective privado.

Lo que pasaba, era que trabajaba casi en exclusiva para el *sheriff* del condado y fiscal del distrito, quienes le pasaban un sueldo mensual. Murder les solucionaba los trabajos sucios o delicados que ellos, con las manos atadas por la ley, no podían realizar.

Ahora gruñó:

—No tengo la menor pista, *sheriff*. California es enorme, por si no se había enterado aún. No puedo atrapar a todas las bandas de vagabundos que la recorren. Y ni siquiera dice aquí que fueran unos vagabundos.

—Claro que lo eran. Encontraron un viejo Dodge escacharrado a poca distancia. Era un trasto que abandonaron porque ya no podía tirar más. ¿Quién cree que lo llevaba? ¿El gobernador?

—Puede que el gobernador haya querido despistarnos a todos —dijo cínicamente Murder. —A lo peor, por las noches se dedica a hacer ejercicios de tiro—. Ni siquiera ha leído la noticia, maldita hiena sarnosa —dijo Sttaford, que había llegado hasta el coche también—. No sonó ni un solo disparo, que hubiese alertado a los ranchos cercanos. Utilizaron solamente el cuchillo. Mataron a puñaladas hasta al perro.

El *sheriff* insistió:

—Ocupese de ellos, Murder. Muérdales con sus dientes envenenados. Mueva su cochina cola de escorpión. Métales su ponzoña en la sangre.

—Se ve que me quieren mucho —dijo Murder—. Todo son alabanzas.

—Ni alabanzas ni porras. Haga con ellos lo que tiene que hacer.

—Más tarde —dijo Murder tranquilamente.

—¿Más tarde dice? ¿Por qué no ahora? ¿Qué cuerno le impide ponerse enseguida a trabajar?

—Es que tenía una cita con una chica y no pienso despreciarla por matanza más o menos —dijo Murder con la misma voz de tipo que se va a ver un partido de béisbol—. Por cierto, podría llevarle una flor.

Arrancó la que uno de los muertos llevaba en la solapa, se la llevó hasta la nariz y dijo con expresión satisfecha:

—Pues aún huele...

CAPÍTULO III

UN «LINCOLN» DE PRIMERA CLASE

El coche que llegó al aparcamiento privado del California Bank, en la zona de San Bernardino, no recordaba para nada al viejo Dodge que los federales habían encontrado abandonado en el desierto. Era un «Lincoln» negro, extralargo, brillante, de los que usan sólo los banqueros y los ejecutivos de algunas grandes empresas.

Llevaba chófer.

Un tipo moreno, hermético, y que tenía cara de indio.

En el asiento posterior iban tres personas. Un hombre y dos mujeres, todos ellos jóvenes y bien vestidos. El «Lincoln» dio una solemne vuelta y se situó en un lugar del aparcamiento que estaba cerca de la salida.

El empleado de servicio corrió a abrirles la puerta.

Sin duda aquellos visitantes tan distinguidos querrían ver al jefe.

Mientras el chófer se quedaba ante el volante, las dos mujeres y el hombre salieron. Iban bien vestidos, pero había en ellos algo de chabacano, de irregular, como si no estuvieran acostumbrados a llevar ropas como aquéllas. Tal vez al vigilante hubiera debido llamarle la atención eso, pero no prestó realmente atención a nada porque enseguida quedó prendado de las suculentas piernas que con tanta generosidad le enseñaban las chicas.

Una de ellas preguntó:

—¿Dónde podemos hacer un ingreso?

—Allí, por favor. A mano derecha.

Los tres entraron mientras el fulano con aspecto de indio se quedaba en el coche. A aquella hora había muy poca gente en el

Banco porque faltaba poco para cerrar. De todos modos, los cálculos que habían hecho antes de dar el golpe fallaron ligeramente.

Habían contado con la presencia de unos tres clientes.

Y había cinco.

Pero los recién llegados no se inmutaron en absoluto. Avanzaron hacia la ventanilla de la caja mientras el hombre rubio, casi albino, abría el maletín.

Las chicas metieron las manos.

Dos pistolas automáticas aparecieron inmediatamente en ellas.

El rubio dejó caer el maletín al suelo para tener las manos libres. Extrajo una «Luger» y encañonó a todos los que estaban allí. Mientras tanto, una de las chicas puso el maletín ante la ventanilla.

—Llénelo —dijo—. Queremos todo lo que haya en la caja.

Uno de los empleados se movió calmadamente.

Fue a hacer sonar con el pie la alarma que no producía ningún ruido allí, pero sembraba el estrépito en la estación de policía más cercana.

Carnicero sonrió.

Había en su boca una expresión helada.

Hizo un disparo y atravesó la sien de aquel hombre. Los clientes que se habían tendido en el suelo se pusieron a chillar frenéticamente.

Las mujeres dispararon también.

Fue un sucio trabajo de aficionados. Se cargaron con dos muertes más cuando en realidad no había necesidad de que apretaran los gatillos. Un hombre quedó clavado contra la pared... Una mujer de media edad empezó a lanzar sangre por nariz y boca.

El empleado que estaba en el aparcamiento oyó los disparos. Mientras corría hacia la caseta donde estaba el teléfono gemió:

—Dios santo...

Indio no le dejó tiempo de llegar.

Lanzó un cuchillo desde la ventanilla. El empleado lo recibió en plena espalda, alzó los brazos al cielo y cayó unos pasos más allá mientras el suelo, a sus pies, se teñía de rojo.

Dentro del Banco, mientras tanto, el maletín de Carnicero ya se había llenado de billetes, aunque las prisas le hicieron olvidarse de que quedaban más en caja. Aquello continuó siendo un sucio trabajo de aficionados.

Cuando iban a retirarse ya hacia la puerta, aparecieron dos policías.

Fue una simple casualidad.

Eran patrulleros que venían a hacer una llamada telefónica.

Cuando vieron lo que sucedía llevaron las manos a las armas, pero ya no tuvieron tiempo. Por lo menos uno de ellos no lo tuvo. La bala de una de las chicas le perforó la cabeza mientras le hacía saltar brutalmente hacia atrás.

Carnicero pasó el maletín a la otra, mientras abrazaba a una de los clientes y la empleaba como parapeto. Era una mujer rubia, opulenta, preciosa, cuya falda se desgarró enseguida con la violencia de su gesto, mostrando unas piernas de primera clase que hubieran hecho entornar los ojos al policía en otras circunstancias.

Pero ahora, aun teniendo el revólver en la mano, no se atrevió a disparar.

Podía matar a la mujer.

Ésta chillaba desesperadamente, pero Carnicero la obligó a seguir con él, empleándola siempre como, parapeto. Cuando estaba ya en la puerta disparó dos veces contra el policía, pero sin alcanzarle. Por fortuna, el patrullero había adivinado lo que iba a suceder y se había situado a un lado de la entrada.

Pero nada podía hacer mientras los fugitivos tuvieran al rehén con ellos. Si disparaba, serían capaces de volarle la cabeza a la joven.

Mientras retrocedían hacia el «Lincoln», Carnicero vio al empleado del aparcamiento con el cuchillo clavado en la espalda.

Sus ojos llameantes fueron hacia Indio.

Barbotó:

—¡Idiota!

—Iba hacia la garita —gruñó Indio—. Y en la garita hay un teléfono.

—Pero no debías haber empleado el cuchillo... Ahora relacionarán esto con lo del rancho. Y aquí nos han visto la cara...

Indio se encogió de hombros.

—No llegarán a echarnos el guante nunca —masculló.

La mujer empleada como rehén lanzó un grito desgarrador mientras la metían en el coche. Éste arrancó con tal fuerza que el motor lanzó una especie de ladrido. Segundos después se perdían de

vista en dirección a Highland. Parecían dirigirse hacia la carretera número 10, que pasa por Redland.

Ése fue el primer parte que dio la policía. Debían ser interceptadas todas las comunicaciones no sólo en dirección a Redland y Beaumont, sino también en todas las laterales, o sea Reche Canyon, San Timoteo, Yucalpa Boulevard, Calmesa y Wilwold Canyon. Un «Lincoln» negro modelo 1970 debía ser interceptado, pero sin cambiar disparos, porque dentro llevaban los salteadores un rehén. También debía ser interceptado cualquier coche en el que viajasen cinco personas, concretamente tres mujeres y dos hombres. Pero se prohibía terminantemente disparar mientras la rehén no hubiese sido liberada.

Todas estas órdenes fueron transmitidas por la patrulla de carreteras con una velocidad récord. Más de dos docenas de coches se pusieron en movimiento surgiendo de todos los puntos imaginables. Eran últimos modelos con los motores trucados para correr más, de forma que ni el «Lincoln» ni el que lo inventó se les escaparían en la carretera.

La cacería había empezado.

Poco después la noticia llegaba al despacho del *sheriff* Wonder, responsable de la zona. Wonder aún estaba dando vueltas al asesinato masivo del rancho.

Y ahora sólo le faltaba esto.

¡Esto...!

¿Qué pasaba? ¿Todo el mundo en su condado se había vuelto loco?

Cierto que no podía decirse que en los últimos tiempos imperara la ley en California, pero dos sucesos así en doce horas era demasiado. Inmediatamente aulló:

—¡Sttaford!

Pero Sttaford no estaba.

Un agente vino en su lugar.

—No aparece en el despacho, jefe.

—Pues, ¿dónde se ha metido ese perro? ¡Búsquelo!

—Está telefoneando a su hermana, jefe. No contesta al teléfono hace horas y teme que le haya ocurrido algo.

—¡Su hermana que se muera! ¡Lo que me interesa ahora es otra cosa! ¡Y no me interesa sólo a mí, sino a todo el Estado! ¡Hágalo

venir!

Sttaford apareció momentos después. Estaba pálido.

—Estoy preocupado por mi hermana, jefe. No sé qué pasa. No contesta al teléfono desde hace horas.

—No estará en casa.

—¿¡Imposible!?! ¡Si se rompió un tobillo hace poco! ¡Tiene que estar!

—Pues olvídense de ella, Sttaford. No puede pasarle nada, excepto que se haya roto el otro tobillo y tenga que ir a rastras hasta el teléfono. Vamos.

—¿Adonde?

—A la sucursal que el California Bank tiene, en San Bernardino. ¡Pronto!

Los dos llegaron allí en un coche patrullero cuando la zona estaba ya acordonada. Tardaron sólo unos instantes, pues el que conducía era el piloto que había estado a punto de morir abrasado dos veces. Y de que estaba buscando la tercera —pero esta vez en compañía— no cabía duda alguna.

Vieron los cadáveres.

Vieron, sobre todo, el del empleado del aparcamiento.

—¿Qué le recuerda esto, Sttaford? —musitó el *sheriff*.

—El rancho de Streicher. Ese cuchillo es igual que uno de los que encontramos allí.

—Pues ya tenemos una pista... Son los mismos hijos de zorra que hicieron aquello. Pero dicen que llevan un rehén.

—Sí, y eso significa que...

—Que no podemos disparar —masculló Wonder—. Las órdenes dadas por la patrulla de carreteras son tajantes. No podemos disparar y tenemos que consentir que esos cerdos paseen delante de nuestras narices con su botín y con sus manchas de sangre. Pero hay un camino, Sttaford. Un sucio camino que estoy dispuesto a seguir.

Sttaford apretó los labios.

—¿Murder? —susurró.

—Sí. Él es un rifle de primerísima categoría. Los matará sin rozar a la mujer que llevan como rehén.

—Pero Murder dijo que se iba con una mujer. Que tenía una cita...

—Lo sé. Y no comprendo cómo le dejé escapar.

—Porque él se largó cuando usted volvió la espalda, *sheriff*.

—No quiero ni recordarlo, malditas sean las primeras papillas que tragó.

Y añadió con voz ronca:

—¡Búsquelo! ¡Búsquelo aunque sea en el último rincón de California! ¡Y tráigalo a rastras! ¡Sujételo por la lengua!

—Pero..., ¡pero yo qué sé con qué mujer está ahora!

—¡Es igual! ¡Pregunté una por una!

¡Búsquelooooo...!

—De acuerdo, voy a preguntar una por una. Deme el teléfono de su hija, *sheriff*.

—¿Para qué?

—Para saber si Murder está con ella.

El *sheriff* le largó un zarpazo, pero no llegó a alcanzarle. Sttaford era demasiado ágil para eso. Dio un salto y se perdió en el interior del Banco.

Cuando llegó a donde estaban los expertos en huellas, ya se había olvidado de Murder. Al diablo. Lo que más le preocupaba ahora era saber dónde demonios se había metido su hermana con un tobillo roto.

La llamó de nuevo.

Y nada. El teléfono sonó insistentemente, sin respuesta, en unas habitaciones vacías.

Sttaford lanzó una maldición. Le preocupaba ahora tanto su hermana que no iba a dedicar su precioso tiempo a un asesino profesional como Murder. De modo que fue hacia donde estaba estacionado uno de los patrulleros.

—¿Tienes trabajo, no? —preguntó al conductor.

—Por ahora, sí. Hemos de acordonar la zona.

—Pues déjame tu coche. Volveré con él dentro de una hora como máximo. Tengo algo muy urgente que hacer.

Sin esperar respuesta, Sttaford se sentó al volante y arrancó a gran velocidad. Bordeó Edgemont y la base de la March Air Force y llegó a un grupo de pequeñas y alegres casas blancas que hay en Wood Road.

Detuvo el coche y se dirigió a una de ellas.

No parecía haber pasado nada anormal.

Todo era paz allí. Temblando de todos modos, oprimió el timbre

de la puerta. Ésta se abrió al cabo de unos momentos.

La hermana de Sttaford, que tenía veintidós años y no estaba lo que se dice mal, le miró con los ojos entrecerrados.

No llevaba más que una camisita.

Gruñó:

—¿Tú?

—¡No has contestado al teléfono en toda la mañana, Glenda!

Ella por poco le pega.

—¿Y para qué he de contestar? No quería que me molestasen.

—¡Pero, Glenda! ¡Tú tienes un tobillo roto!

—¿Y qué? Puedo arrastrar la pata.

Sttaford la miró recelosamente.

Miró la camisita.

Las piernas.

La cara de fastidio que ella ponía.

Glenda estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices.

—Bueno, ya has visto que estoy bien. ¡Adiós, hermanito! ¡Te escribiré por Navidad!

Él puso el zapato en el umbral, de modo que la puerta no pudiera cerrarse. Con expresión atravesada dijo:

—¿Quién está ahí dentro?

No necesitó preguntarlo dos veces.

La voz cansada de Murder dijo desde uno de los dormitorios:

—Pero ¿qué pasa, monada? ¿Vienen a cobrar alguna factura? No te preocupes, mujer. Aún tengo un poco de dinero en mis pantalones. Sácalo y paga.

Los dientes de Sttaford brillaron como los de un tigre.

—No —dijo con voz chirriante—, no vienen a cobrar ninguna factura.

Sacó su revólver.

Murder tuvo que salir de allí mientras aún se estaba vistiendo. En cuanto a Glenda, empezó a insultar desde la ventana a su hermano y a jurarle que no le hablaría nunca más. Cuando el patrullero arrancaba aún gritó:

—¡Imbécil! ¡Justo has venido a estropearlo todo cuando acabábamos de empezar! ¡Yo que había esperado durante tanto tiempo! ¡Yo que llevaba seis meses haciendo cola...!

CAPÍTULO IV

EL CAZADOR

El *sheriff* tendió las fotografías para colocarlas al otro lado de la mesa, donde estaba Murder. Murder aún se ajustaba la corbata. En California se vivía aprisa, qué cuerno.

—Aquí las tiene —dijo el *sheriff*—. Unas víctimas y otras. Fíjese, sobre todo, en los cuchillos y en la forma de usarlos.

Murder apenas dirigió a aquello una mirada.

Según qué cosas le sacaban de quicio.

Sobre todo los asesinatos de niños.

—Son los mismos —dijo—. Sin lugar a dudas.

—Y por su culpa hemos perdido unas horas preciosas, Murder.

—¿Por mi culpa...?

—Si les hubiese matado esta mañana, no hubieran llegado a cometer el atraco antes del mediodía.

—Esta mañana no sabía ni dónde estaban, *sheriff*.

—Es igual. Debió haberlos buscado en lugar de liarse con una mujer.

—No podía hacer otra cosa. Ella llevaba mucho tiempo haciendo cola. Soy muy formal en mis compromisos.

—Maldito sea, Murder. Me cisco en sus antepasados. Me cisco en las primeras papillas qué tragó.

—Eso me lo han dicho otras veces. Ya no me emociona.

Wonder ahogó una imprecación.

Pasó también a través de la mesa las primeras declaraciones de los testigos.

—Aquí están las descripciones —dijo—. Falta la del conductor

del «Lincoln», porque a ése sólo le vio el empleado del aparcamiento, pero ese empleado está ahora muerto. Léalas.

Murder echó un vistazo a las descripciones que daba la gente del Banco. Con eso ya tuvo una leve idea para empezar. Luego gruñó:

—¿Por dónde han huido?

—Se supone que van hacia el desierto, hacia Cherry Valley, por la carretera número 10.

—¿La que arranca de Union Station?

—Sí. No sé por qué me lo pregunta si usted la conoce mejor que nadie, Murder. La ha limpiado con la lengua docena de veces.

Murder no se inmutó por tan amables palabras.

Estaba habituado a que la gente le quisiese... A que hiciera cualquier cosa por él, desde poner la cuerda para el ahorcamiento hasta pagar la factura de la luz cuando lo electrocutasen.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó con expresión impasible.

—No las tiene. Usted es un detective privado que trabaja para la policía de Los Ángeles y al cual pagamos con los fondos secretos que el Gobierno pone a nuestra disposición. Usted hace los trabajos sucios, pero necesarios, que nosotros no podemos atrevernos a hacer. En este caso, se supone que usted está contratado por la señorita Jezabel Narrow para salvarla. Nosotros testificaremos que es así.

—¿Quién es Jezabel Narrow?

—La mujer a la que esos cochinos salteadores apresaron en el Banco y se llevan como rehén. Usted tiene un contrato para salvarla, pues en el momento oportuno se demostrará que usted cobraba cantidades fijas de ella por si se producía alguna, situación así; es decir, que era una especie de guardaespaldas, como hoy día tiene mucha gente en Los Ángeles. Por otra parte, usted posee licencia de armas. Úselas como mejor convenga, ¿entiende? Como mejor convenga.

Murder seguía sin inmutarse.

—La única que no debe morir es Jezabel, ¿verdad?

—La única. A los demás nos hará un favor si los mata.

—¿Incluso a las mujeres?

El *sheriff* no contestó.

Se limitó a escupir a distancia.

—¿Por qué no a ellas? —preguntó al cabo de unos instantes—.

¿No piden la igualdad de derechos? Pues que arramblen también con todo lo demás.

Ya en la puerta, Murder susurró:

—Me llevan mucha ventaja y probablemente han cambiado de coche. Me gustaría emplear un helicóptero.

—¿De cuáles?

—No de la policía, por supuesto. Uno de los que se emplean para luchar contra las plagas del campo me vendría muy bien.

—Daré órdenes para que disponga de él. La policía tiene bastantes helicópteros sin pintar, a los cuales, mediante unas tiras de plástico adheridas al fuselaje, ponemos en un momento las siglas que convenga. Ah... Llévese un rifle que no sea reglamentario. Y cárguelo con balas blindadas. No quiero piedad.

Murder no necesitaba que le dieran aquellas instrucciones.

Ya sabía que la piedad no era precisamente la virtud que más se valoraba en aquella clase de trabajos.

Un momento después volaba a lo largo de la carretera número 10 en dirección al este, es decir, hacia Arizona. El no pilotaba, aunque sabía hacerlo, porque necesitaba tener las manos libres para disparar en caso necesario. Pero pronto comprendió que a lo largo de la número 10 no conseguiría nada.

Todas las salidas hasta el cruce con la carretera nacional 60, cerca de Beaumont, estaban tomadas, de modo que era imposible que los fugitivos hubieran llegado hasta allí. Más o menos podía distinguirse un patrullero acechando cada cuatro millas. Y bastantes tiradores de élite se habían agazapado en los bordes del asfalto, cubiertos con hojas de la cabeza a los pies, de modo que desde un coche lanzado a gran velocidad se les pudiera confundir con plantas. Dotados de pequeños equipos de radio, cualquiera de aquellos tiradores podía avisar a los siguientes para que acribillasen al vehículo que se acercaba.

Murder distinguía desde el helicóptero detalles que los fugitivos no podrían captar jamás, pero aun así no tenía demasiadas esperanzas. Era seguro que se habrían largado en algún punto del número 10, sin emplear la carretera.

Muchas partes del desierto permitían rodar por ellas, siempre y cuando uno no tuviera el menor interés por conservar la salud del coche que conducía.

Claro que entonces se hubieran visto las señales de las ruedas desde un helicóptero, y eran bastantes los aparatos de la policía que sobrevolaban la zona. Pero existía un recurso sencillo que los fugitivos podían haber empleado y que quizá llevaban preparado desde el principio en el portamaletas del «Lincoln»: una gruesa alfombra sujeta al parachoques posterior, sobre todo si esa alfombra llevaba pesos sobre el extremo que quedaba libre, alisaba el terreno por el que habían pasado las ruedas un segundo antes. Lo alisaba lo bastante para que desde un helicóptero no se pudieran distinguir las marcas de los neumáticos.

Murder indicó al piloto que abandonaran la carretera número 10 y sobrevolaran la número 60, que está más al sur. Como también allí había vigilancia y no descubrieron nada, sobrevolaron Alessandro Valley, para volver al norte y detenerse sobre Reche Canyon, al sur de Loma Linda. Murder estaba completamente seguro de que los fugitivos se habían desviado por allí, sin cruzar la carretera número 60.

La región abunda en pequeños edificios abandonados que alzaron los primeros colonos, cuando la gente empezó a establecerse en el condado de Los Ángeles. La atracción de la gran capital había hecho que sus habitantes se largasen, y ahora aquellos edificios medio en ruinas eran ocupados por vagabundos y por gente deseosa de aventuras, que iba de aquí para allá. Como el clima de la zona de Los Ángeles es bueno casi todo el año, puede decirse que gran parte de los aventureros de medio pelo que hay en los Estados Unidos se concentran allí. Y entre esos aventureros de medio pelo hay un ochenta por ciento de gente honrada, pero un veinte por ciento de criminales de la peor especie. Murder opinaba que ya era bastante.

Una franja en el terreno le llamó la atención. Como él ya pensaba en el truco de la alfombra, se fijó en detalles que la policía había pasado por alto. Por ejemplo el hecho de que una determinada zona del desierto hubiera sido como «cepillada». No le cupo duda de que la alfombra había pasado por allí.

El rastro, bastante irregular, terminaba en una serie de edificios abandonados que estaban cerca de El Casco Lake. No se distinguía el menor signo de vida por allí, pero el «Lincoln» podía estar en cualquiera de los cobertizos llenos de ratas del desierto. Murder

hizo una seña al piloto para que pasase de largo.

No le interesaba demostrar hacia aquello la menor atención.

Pero a cosa de tres millas le indicó que descendiera al abrigo de una colina, de forma que no pudieran ser observados desde cualquiera que estuviese en los edificios. A poca distancia de tierra, saltó desde el helicóptero. El piloto le deseó buena suerte antes de remontar de nuevo.

Verdaderamente, necesitaba la buena suerte.

Era un hombre sólo metido en un desierto donde le aguardaban cuatro enemigos armados, contra los que además no podía disparar libremente porque llevaban una rehén.

Murder iba armado con un cuchillo de pesado mango cuya precisión en los lanzamientos hubiese envidiado el propio Indio. Llevaba también un revólver español de cinco tiros marca «Cadix» y calibre 32 especial, que disparaba balas blindadas de 102 milímetros. Y, por fin, llevaba adosado al interior de la americana un cañón corto, muy bien aserrado, que encajaba con una culata de plástico situada en el lado opuesto. La recámara era muy sencilla, tenía siete balas y ocupaba uno de los bolsillos de la chaqueta deportiva de Murder. Encajar aquellas tres piezas y ponerse a repartir confites con ellas, le ocuparía menos de diez segundos.

Avanzó a la sombra de una colina arenosa, procurando que no le vieses. Estaba a poca distancia de Los Ángeles, pero aquello parecía lo más perdido de los desiertos que bordean el lado oriental, de Sierra Nevada. Cuando llegaba a poca distancia de los edificios, vio al tipo que venía hacia él.

Medía casi dos metros y hubiera infundido respeto a cualquiera que no fuese Murder. Su musculatura era poderosa, pero en aquel tipo había algo vacilante, algo que convenció al detective de que estaba ante un rabioso fumador de «yerba». Claro que uno nunca sabe cómo los aficionados a la marihuana van a reaccionar. A veces son pacíficos; a veces llegarían a matar a su madre por cualquier cuestión de la que ni siquiera se acuerdan luego.

El desconocido dijo:

—Aquí no pagamos impuestos, cobrador.

—No vengo a cobrar impuestos —dijo Murder.

—¿Pues qué?

—Vengo a cobrar el gas.

El otro le disparó la derecha. Un golpe de aquella maza, que era su puño, podía acabar con cualquier tipo en el *ring*, pero a Murder ni siquiera le rozó. Esquivó a tiempo mientras disparaba su pie, a la rodilla izquierda de su enemigo.

Éste vaciló, pues había descompensado además su peso al fallar el golpe. Lanzó un grito cuando la mano abierta de Murder vino hacia su pómulo, derecho.

Fue un siniestro golpe de karate.

El gigante cayó de costado sin saber lo que le sucedía. No estaba muerto, pero tardaría mucho en lograr que volvieran a su sitio los muelles de su cerebro que se habían disparado. Mientras tanto, Murder siguió avanzando.

Ahora ya sabía algo más.

Allí había una pequeña comunidad de fumadores de marihuana.

Los fugitivos habían llegado hasta la zona.

Habían repartido droga generosamente.

Y con eso tenían un refugio seguro para que aquellos tipos les defendieran pasara lo que pasase.

Murder pensaba haber eliminado el principal obstáculo, pero no contaba con lo que pasó después. No contaba con el horror que llegó hasta su cabeza un segundo más tarde.

Como si fuese una visión del infierno.

Como si el propio diablo hubiera inventado aquello.

CAPÍTULO V

UNA VISCOSA MUERTE

Murder sabía que en el desierto había quien se dedicaba a cazar serpientes por afición, ya que en este mundo hay gente a la que divierten las cosas más increíbles. Pero no imaginaba que tuviera a uno de ellos tan cerca. Y no imaginaba que aquello pudiera ocurrir.

De repente, el tipo había brotado con un cesto de un hoyo abierto en la arena.

De repente, el tipo había abierto el cesto mientras hacía un rápido y experto movimiento para lanzar encima de Murder el contenido que había en él.

Siete serpientes brotaron como una maldición del fondo de aquel cesto. Las siete, como una lluvia macabra, infernal, fétida y alucinante, volaron hacia la cabeza de Murder.

Eran como pájaros de la muerte meneando sus colas de escamas y de arena. Sus dientes, ponzoñosos, formaron sobre la cabeza de Murder una visión de pesadilla que duró apenas dos décimas de segundo.

Muchos hombres han muerto a causa de las mordeduras de serpiente, pero quizá ninguno de ellos ha recibido sobre su cabeza una lluvia de siete de ellas. Una leve vacilación, un instante de estupor, de miedo o simplemente de duda hubiera acabado con Murder en cuestión de segundos.

Y su muerte hubiera sido horrible.

Ha habido casos en que las serpientes, locas de rabia, se han introducido incluso en la boca de su víctima.

Pero Murder no dudó ni siquiera el tiempo infinitesimal que

tardaron los ofidios en llegar a su cabeza. No tardó ni el tic-tac de un reloj en saltar de costado y rodar por la arena, mientras el hombre que había lanzado los reptiles se estremecía con un grito de triunfo.

Pero pronto su grito de triunfo se transformó en un estertor de asombro.

No podía entenderlo. Era inconcebible la rapidez de Murder, quien rodaba colina abajo, mientras las serpientes se revolvían contra ellas mismas, no sabiendo adonde acudir.

Pero pronto su instinto las orientó.

Estaban a poca distancia de Murder, de forma que podían llegar hasta él sólo estirando sus cuerpos. Las cabezas ponzoñosas se volvieron hacia él.

Y entonces empezó a funcionar el «Cadix» calibre 32, que Murder empleaba porque era un arma muy difícil de identificar por la policía norteamericana a la hora de hacer comprobaciones. Las seis balas brotaron instantáneamente del cañón de aquella arma de veinticinco onzas de peso, como si hubieran sido disparadas una ametralladora.

Las serpientes recibieron el plomo en el centro de sus cabezas.

Fue como un asombroso ejercicio de tiro.

El hombre que había lanzado el cesto estaba materialmente con la boca abierta.

Pero quedaba una, y ésta ya estaba materialmente sobre Murder. Entonces éste hizo algo que muy pocos hombres se hubieran atrevido a hacer.

Golpeó con el cañón del revólver en la boca del ofidio y lo obligó a enderezarse. Luego, empleando el mismo cañón como si fuera una horquilla, levantó al ofidio y lo lanzó de costado.

El lanzamiento resultó perfecto.

El hombre que durante un tiempo había sido su dueño, lanzó un alarido de muerte cuando notó que la serpiente resbalaba por su cara.

La mordedura junto al párpado derecho le dejó sin sentido. No por lo dolorosa, sino por el asco y el miedo a la vez. Porque el hombre sabía que aquello era la muerte. Porque sabía que nada podía salvarle ya, cuando el veneno había sido situado en un lugar

tan cercano al cerebro.

Murder se preocupó bien poco de él.

Ya que aquel tipo era tan amigo de las serpientes, lo que pasaba podía considerarse un «accidente de trabajo».

Con movimientos que no denotaban el menor nerviosismo, Murder montó las tres piezas del rifle.

Aquello le empleó menos tiempo que meter nuevamente seis balas en el cilindro de su revólver. Con el petardo preparado para dar la bienvenida a cualquiera, avanzó hacia el primero de los cobertizos.

No vio nada.

Ni señales de ruedas siquiera.

Se metió en la segunda casa.

Y allí distinguió a la chica.

La chica no llevaba más que una blusa anudada por debajo de los poderosos senos y un *slip* miniatura pegado a sus anchas caderas. El clima de California permitía esa lindeza y otras semejantes. Claro que la chica llevaba otra cosa que nada tenía que ver con el clima de California, como era aquel cuchillo de desollar que parecía arrancado de una de las mejores estampas de una película sobre el sitio de El Álamo.

Con el cuchillo intentó comprobar la resistencia de la piel de Murder.

Lanzó un gritito rabioso mientras le atacaba.

Pero Murder tenía la piel muy dura, especialmente en la cara. Detuvo el brazo armado de la ninfa, se lo retorció, la hizo volver de espaldas y la envió contra el otro lado de la habitación.

Claro que la empujó por un sitio muy comprometido.

Sonó un tremendo chasquido.

Seguro que ustedes me entienden.

El estampido fue tan certero que el *slip* que cubría las partes más comprometidas de la chica quedó roto.

Mientras la veía caída a sus pies, Murder gruñó:

—No temas, no vengo a deteneros por consumo de marihuana. No soy de éstos.

—¿Cómo sabes que nosotros... consumimos marihuana?

—Nena, para saber eso basta con tener narices. Aquí hace un olor a «hierba» que apesta. Supongo que os habéis dado una sesión

hace poco.

—Bueno, pues... «viajamos» con frecuencia.

—Los «viajes» con marihuana son baratos. Son viajes en tercera.
¿Quién os proporciona la mandanga?

—La busco yo por ahí.

—¿Haciendo lo que sea?

—Sí.

—¿Y cobrando en «hierba»?

—Sí.

Murder estuvo tentado de golpearle en la cara por idiota, pero se aguantó.

—¿Dónde está la otra chica? —se limitó a preguntar.

—¿Quién?

—La otra, cuerno. He apiolado a dos tíos. Supongo que erais también dos mujeres.

—No.

—¿No?

—Yo trabajaba para los dos —dijo ella con la mayor tranquilidad.

—Pues qué bien...

—Una tiene derecho a variar, ¿no?

Las facciones de Murder se crisparon un momento.

—Supongo que dirás que tus padres no te comprenden y que son unos viejos repugnantes burgueses, ¿no?

—Mis padres no me comprenden y son unos viejos repugnantes burgueses —repitió ella.

Pero sus palabras no habían sido más que una trampa para que Murder se distrajese. Estaba segura de que iban a detenerla y por eso actuó. Con un salto felino fue hacia el cuchillo que había tenido que soltar antes.

Murder fue mucho más rápido.

Se inclinó un poco.

Sujetó la mano de la chica antes de que ella consiguiera apoderarse del arma.

Tiró hacia arriba.

Y la chica quedó rígida ante él, aprisionada en sus brazos, mientras gemía:

—¡Cerdo!

—Dime quién os ha facilitado mandanga —gruñó él—. Dime quién os ha pagado en especie para que intentaseis cortarme el camino para siempre.

—Llevaban un coche —murmuró ella, sabiendo que era inútil resistirse.

—¿Un «Lincoln»?

—No. Un «Oldsmobile».

—Entonces el «Lincoln» lo habrán ocultado en algún sitio —dedujo Murder—. Era elemental que cambiaran de coche, después de todo. ¿Cuántos iban?

—Cinco.

—Tres hombres y dos mujeres, ¿no?

—Justo.

—¿Y hacia dónde han huido?

—Vas a reírte, pero un helicóptero los ha venido a buscar aquí.

—¿Quéééé...?

—No sé por qué te extrañas. Aquí oímos la radio los chicos y yo. Y esos tipos se han llevado una buena tajada del Banco, ¿no?

—Sí —dijo Murder como un eco—, se han llevado una buena tajada del Banco.

—Pues nada tiene de extraño el que hubieran alquilado el helicóptero con anterioridad. Tal hora y en tal sitio. Pago al contado. Si esos buitres no depositaban la cantidad convenida en la cestilla que el piloto les bajaba con un cable, el aparato no llega a posarse en tierra. ¿Has comprendido?

—Demasiado bien.

—Pues ya lo sabes todo. Hay compañías, dueñas de helicópteros privados, que hacen cualquier cosa por dinero. Y ni siquiera hace falta que sea la compañía. Cualquier piloto puede robar un aparato durante dos o tres, horas, simulando una comprobación, sin que nadie le eche a los leones por eso.

—Tienes bastante sentido común, pequeña zorra —dijo Murder—. ¿De qué color era el helicóptero?

—Plateado con letras rojas. Llevaba el nombre de una compañía dedicada a estudios geográficos.

—Las letras rojas ya no estarán dentro de diez minutos —murmuró el detective—. Son de plástico adherido. Y ahora permite que te saque de aquí. Creo que debes volver a Los Ángeles, si es que

vivías allí.

—Te equivocas. Vivía en Detroit.

—Pues a Detroit.

—Eres un anticuado repugnante que no me comprende.

Murder gruñó:

—No me interesa comprenderte, nena.

—¿Ni un poquito?

—Tú aún estás a tiempo de librarte de la hierba. Las demás idioteces que hagas en la vida puede que no te dejen huella. Ésta sí.

—Debe ser aburridísimo eso de librarse de las cosas —dijo la chica.

Y trató de quitarle el cuchillo que Murder llevaba en la cintura. Murder hubo de darle un manotazo.

Con la cual la tuvo demasiado a su altura.

A la altura de sus ojos. De su boca.

De todo.

Murder gruñó:

—Maldita sea... Hay demasiadas maneras de morir.

—¿Y yo he inventado una, no? —preguntó la chica, mirándole desafiante.

—Tú, no. La inventó nuestra madre Eva.

La chica tendió los labios hacia Murder mientras susurraba, ya poniéndose completamente de su parte:

—Pues qué lista era, la mosquita muerta...

CAPÍTULO VI

LLAMADA ESPECIAL

—Orden a todas las patrullas de tráfico... Orden a todas las patrullas de tráfico... Orden general que afecta a cualesquiera coches y servicios... Absoluta primacía de investigación en todas las compañías del condado de Los Ángeles que dispongan de helicópteros privados para alquilar... Necesitamos una información exacta, minuto a minuto, de lo que cada aparato hizo en las últimas doce horas... Cada coche investigará en su distrito... Atención, repito: Orden general a todas las patrullas de tráfico...

La orden había sido repetida monótonamente en las últimas horas, desde que amaneció. Y los policías de tráfico se habían olvidado, por el momento, de imponer multas y de cazar conductores distraídos en los cambios de rasante, para ocuparse tan sólo de recorrer una a una las compañías que alquilaban helicópteros para usos privados. Todos los albaranes y todas las hojas de ruta fueron meticulosamente comprobados. Los horarios de los pilotos pasaron por una implacable criba.

Murder llamó sobre las ocho de la mañana desde una cabina pública situada en Main Avenue, en la zona de Corona que ya linda con los montes de Santa Ana. El qué se puso al aparato fue el *sheriff* Wonder.

Murder preguntó simplemente:

—¿Qué?

—Hemos seguido tus instrucciones, perro. Todas las compañías de la especialidad han sido revisadas.

—¿Y qué...?

—Oye..., ¿qué es esa especie de ronroneo que se oye a tu lado?

—Es que tengo una chica en la cabina —dijo tranquilamente Murder.

—Pues que se vaya.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Porque lleva el *slip* roto. Yo tengo que ponerle una mano en cierto sitio para tapar el agujero.

—¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Hijo de perra!

—No sé a qué vienen tantas broncas, *sheriff*. Me duele el brazo de tanto tenerlo quieto, se lo aseguro.

Wonder prefirió no discutir.

Aulló:

—Las investigaciones han dado resultado, o sea que he de reconocer que tú eres el único que tuvo un poco de vista, maldita sea. El helicóptero procedía de la compañía Sausalito Line, que se dedica a pasear a los turistas por encima de Alcatraz y la bahía de San Francisco. Un piloto se lo llevó sin permiso de nadie, a cambio de cinco mil dólares pagados al contado uno encima de otro. Los pájaros volaron con él, efectivamente, desde el sitio que tú indicaste.

—¿Y adonde los llevó? Porque sin duda ha tenido que declarar eso antes de que lo enchironasen, ¿no?

—Claro que lo ha dicho. Los depositó a un lado de San Juan Hill, y desde allí, en cuestión de media hora, hemos podido reconstruir sus pasos. Fueron a una casa de Chino Avenue, al sur de Ponomá. Llevaban todavía a la rehén y no daban muestras de ningún nerviosismo. Enseguida he enviado a dos hombre, tiradores de primera especial, para que se apostarán en los dos tejados vecinos. Pero inmediatamente he dejado de tener noticias de ellos.

—¿Por qué?

—Están muertos.

Murder no lo entendía.

Y el *sheriff* comprendió lo qué significaba su prolongado silencio, porque dijo:

—Uno de esos lobos rabiosos también se había situado en un tejado temiendo algo. Ahora ya hemos podido identificarlo, después de saber cómo lanza el cuchillo. Se llama Indio y ha cumplido

condena dos veces, después de ser soltado por buena conducta. Los ha liquidado tan silenciosamente, que no se ha dado cuenta ni la gente de la parada del autobús que estaba a cien yardas.

Los dientes de Murder rechinaron.

—¿Qué casa de Chino Avenue? —preguntó.

—No te preocupes; ya se han largado de allí.

—No importa. ¿Qué casa de Chino Avenue?

—La 218: La parada del autobús está enfrente. Tiene un tejado casi amarillo por la cual la podrás reconocer enseguida.

—¿Nadie más ha sido enviado allí?

—Nadie más —dijo Wonder—. Esperaba tu llamada.

Murder gruñó:

—Voy allá.

—Demasiado tarde. Tres de las personas que esperan el autobús son policías. Y los tres han dicho que los pájaros han emprendido el vuelo.

—De acuerdo, pero por algún rincón hay que empezar otra vez, ¿no?

Y Murder colgó.

Estaba rabioso.

Tanto, que se olvidó de poner la mano en el agujero del *slip* que dejaba al descubierto el sitio muy comprometido, de aquel sitio tan comprometido, que todas las mujeres tienen en el mismo sitio. Ella gimió:

—¡No puedes dejarme aquí!

—Ya te lo he dicho: Vuelve a casa.

—¡Pero no puedo quedarme en la cabina telefónica con este agujero en el *slip*!

—Haz pagar entrada a los que se acerquen —masculló él—. Antes del mediodía te forras.

De todos modos dejó a la chica antes de largarse el gran pañuelo que él siempre llevaba en uno de sus bolsillos y que podía servir para amordazar. Con él podía cubrirse razonablemente, convirtiéndolo en una especie de falda. Algunas chicas de las que iban a trabajar a las oficinas cercanas aún llevaban menos.

Pero la muchacha gruñó:

—¡Es una gran idea!

Y no se lo puso. Se quedó en la cabina a ver qué pasaba.

Mientras volaba hacia Chino Avenue, Murder prefirió no saberlo.

CAPÍTULO VII

PELEA DE RATAS

La casa de tejas casi amarillas era, en efecto, inconfundible. Estaba construida según el viejo estilo hispano y tenía un cierto «sabor» que las otras casas no tenían. Mientras Murder se acercaba a ella examinó de una forma instintiva todas las salidas, todos los ángulos de tiro, todas las trampas que una arquitectura semejante podía deparar.

Pasó junto a los que aguardaban turno en la parada del bus.

Dos hombres y una mujer le miraron sin interés.

Pero fue como si le hubieran enseñado la chapa.

Eran de la bofia.

No podía vigilarse con más discreción aquella zona, por si a los asesinos se les ocurría volver. Incluso los dos cadáveres de los policías habían sido retirados por la parte de atrás y colocados en el patio posterior de la casa, sin llamar la atención de nadie. La delicada operación la habían realizado dos tipos que fingían reparar los cables telefónicos. Y éstos habían dejado además en el interior de la casa una serie de granadas de humo que llevaban un mecanismo por radio y por lo tanto podían, ser detonadas a distancia. Si alguno de los fugitivos volvía, iba a llevarse una buena sorpresa antes de tener tiempo de ver a nadie.

Pero Murder sabía que no volverían.

Él no se hacía ilusiones.

Entró en la casa por el patio posterior, viendo en un ángulo a los dos cadáveres cubiertos con una manta. Luego lo registró todo meticulosamente, encontrando una anotación junto al teléfono.

Los fugitivos debían haberlo usado poco antes.

La anotación consistía en un número simplemente. Podía no ser nada, pero también podía significar mucho.

Murder descolgó y llamó al *sheriff*. Dio el número.

—¿Crees que somos idiotas? —masculló Wonder—. Ese numerito lo hemos visto nosotros de la misma forma que lo estás viendo tú. Corresponde a la reserva india de Pechanga. ¿Qué cuerno crees que podían querer esos tipos llamando allí?

—No han llamado allí —dijo Murder.

—¿Qué...?

—No han empleado ese número. No iban a ser tan idiotas como para llevar encima una pista de esa clase. Lo han escrito al revés.

—¿Pero de dónde sacas eso...?

—Pruébalo. Tome nota, averigüe de quién es y llámeme aquí. Espero.

Wonder no tardó ni cinco minutos en llamar. Dijo que el número correspondía a un garaje privado en la avenida de Mira Loma, que es en realidad la carretera nacional 60.

Murder gruñó:

—Voy allí.

—¿Oye? ¿Y la chica de la cabina?

—Según mis cálculos ya debe llevar ganados al menos trescientos dólares —dijo tranquilamente Murder.

Y colgó.

Salió por el mismo sitio, procurando mirar dónde pisaba, pues no le cabía duda de que los policías, antes de retirarse, debían haber dejado tendidas una serie de discretas trampas. Pasó por el patio, se detuvo, se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

Pero entonces hizo algo extraño.

Arrojó el fósforo encendido sobre la manta que cubría a los dos muertos.

Uno de los «muertos» pegó un terrible salto, al darse cuenta de que la manta iba a quemarse, y salió empuñando una «Smith & Wesson».

Pero Murder ya estaba preparado para aquella maniobra.

Había notado que la mano qué sobresalía de la manta cuando él entró, no era la misma que sobresalía cuando se daba el piro de la casa.

Descargó furiosamente la pierna derecha.

La chica lanzó un breve chillido al recibir el impacto en los dedos, antes de tener tiempo de disparar. Pero eso no fue nada comparado con lo que le sucedió después. También salió despedida contra la pared del fondo mientras en el patio sonaba un tremebundo «Chask».

Murder gruñó:

—La otra chica lo tenía mejor. Había más sustancia.

Los ojos odiosos de la hembra brillaron mientras se llevaba las manos a las nalgas doloridas. Había tenido que soltar su pequeña pistola del 7,65 y sabía que ahora nada podía hacer. Pero sus ojos eran como puñales envenenados que atravesaban la piel de Murder.

Éste no se anduvo con miramientos.

Sabía que estaba ante una hiena asesina.

La sujetó por una muñeca, le hizo dar una vuelta completa y cuando la tuvo de espaldas le puso en el cuello el filo de su puñal.

—Ya estabas en un sitio estupendo —dijo—. Estabas en el sitio de los muertos. Te juro que no me va a costar nada devolverte allí.

—Tú no eres... no eres un policía...

—No, y vosotros lo sabéis. Por eso tenéis un interés especial en eliminarme. Soy un hombre al que la policía contrata para los trabajos sucios, y los trabajos sucios los hago a conciencia. Por ejemplo éste.

Rasgó un poco el cuello de la muchacha, hasta que brotaron unas gotas de sangre.

Ella gimió.

Ya se parecía haber visto degollada.

Murder masculló:

—Pero vosotros no sabíais nada de mí cuando esto empezó. No podíais saberlo porque no había tenido nada que ver con vosotros. ¿Quién os ha orientado? ¿Quién os ha dicho que yo era el primer perro rabioso al que había que eliminar si queríais salir vivos de California?

La chica no contestó.

Pero Murder comprendió que aquél era un detalle secundario.

Ya lo averiguaría todo, cuando los cazara. Y no le faltaba mucho para conseguirlo, puesto que ahora tenía en sus manos una de las piezas.

—Llévame al garaje privado de Mira Loma —dijo.

Ella se estremeció.

—¿Cómo sabes que...? —balbució.

—También sabía las medidas de tu ataúd, preciosa, y no te las había tomado nunca. Arreando con sello de urgencia.

La tomó del brazo y salieron de allí. En apariencia eran dos amigos, aunque la chica vestía con un desenfado que llamaba la atención. Un tipo que estaba arreglando una farola y que sin duda era de la bofia les miró. Murder dijo mientras pasaba por debajo:

—Cuidado, no te caigas...

El consejo fue en vano.

El tío se cayó.

Tomaron un taxi y la chica dio la dirección del garaje privado. Al darse cuenta de que era un hombre sólo quien venía con ella, había renacido su confianza. Allí le esperaban varios gatillos. Era un loco si él mismo se metía en la trampa.

Murder, en la intimidad del asiento posterior, le miró las piernas.

—Lástima, —dijo.

—¿Por qué?

—Las podías haber aprovechado mejor. ¿Cuál es tu nombre?

—Cecile.

—¿Años?

—Veinte.

—¿Oficio?

Ella dijo sardónicamente.

—Mujer.

Murder no se inmutó.

Preguntó sin mirarla:

—¿Lugar donde deseas ser enterrada?

Ella lanzó una brutal maldición, pero la cosa de poco le iba a servir. Estaban llegando a Mira Loma. Había numerosos garajes privados allí, pero el detective sabía cuál era el que estaba buscando.

Hizo que el taxi se detuviera a unas veinte yardas.

—Andando.

Ella pasó delante. Como ocurre en muchos sitios de Los Ángeles, daba la sensación de que la ciudad había terminado allí. No había

más que una carretera muy ancha, unas casas muy bajas y el resto eran espacios verdes.

Algo que pondría amarillos de envidia a los habitantes de ciertas superpobladas colmenas europeas, por ejemplo, pero que allí resultaba excesivo, porque no existía la menor relación de comunicación, la menor relación de vecindad. Para los habitantes de aquel distrito, como tantos otros, Los Ángeles era simplemente una riada de coches que no dejaba de pasar y pasar.

En realidad nadie les oiría ni les vería allí, ocurriera lo que ocurriera.

La chica entró delante.

Quería avisar a los otros. Tenía tiempo de cualquier cosa aún. Seguían siendo varios gatillos contra uno solo.

—¡Muchachos! —gritó—. ¡Viene conmigo!

No podían quejarse de ello. Los había avisado.

Pero lo único que se oyó dentro del garaje fue:

—¡Zorra...!

Habían pensado en una traición.

Dos balas disparadas casi a quemarropa alcanzaron a la muchacha. Ésta se desplomó con los brazos en cruz.

Murder tuvo tiempo justo para pegarse a un lado de la puerta, mientras desenfundaba su «Cadix» de seis muertes a toda prueba. En el momento en que saltaba tuvo tiempo justo para ver un «Oldsmobile» gris y otros cuatro coches. El «Oldsmobile» gris era sin duda el vehículo que habían ocupado al dejar el «Lincoln». La chica del desierto, la de la marihuana y los *slips* en apuros, se lo había dicho:

Murder apretó los labios.

Bueno, ya los tenía en la ratonera.

Pero eran tres.

Y uno de ellos, Indio, podía liquidarle en silencio sin que él se diera cuenta.

—No me habías dicho dónde querías ser enterrada —musitó Murder mirando el cadáver de Cecile—. Lástima. Ahora tendré que preguntárselo a ellos.

Y saltó.

Su salto fue prodigioso. Un campeón de gimnasia lo hubiese envidiado. Cruzó la puerta de lado a lado y penetró en el garaje

antes de que los otros tuvieran tiempo de disparar.

Cuando tres balas surgieron de debajo de los coches, ya era demasiado tarde.

Murder estaba parapetado tras la rueda delantera derecha del «Oldsmobile» mientras contenía incluso la respiración para no hacer ruido.

Una serie de balas fueron disparadas al azar. Indio y su compañero estaban nerviosos. Sabían que el tiempo iba contra ellos y ansiaban acabar, escapando como fuese de aquella ratonera.

Murder no había disparado aún.

Ni pensaba hacerlo.

Levantó su cuchillo con mango de plomo.

Había visto por debajo de un coche la cadera derecha de una chica parecida a Cecile. Sin duda era la otra asesina.

No resultaba agradable aquello, pero no podía andarse con ceremonias ahora. La hoja del puñal clavada en el hígado de aquella chica, acabaría con ella en unos instantes y ahorraría trabajo al verdugo. Un enemigo menos era un enemigo menos en aquellas circunstancias, qué cuernos.

Lanzó. Su golpe fue perfecto.

Pero la fugitiva se había movido en la última fracción de segundo, alzándose y apoyándose en el coche que le servía de parapeto. La consecuencia fue que la suspensión del vehículo cedió un poco, haciendo que el puñal, que iba ajustado al milímetro, rozara con la plancha inferior y se desviara ligeramente. La lengua de acero, que iba a hundirse en el hígado de la víctima, solamente le rozó una pantorrilla.

La mujer lanzó un grito:

Había demostrado mucho «valor» al cometer los asesinatos, pero no podía decirse que el mismo valor lo tuviese ahora, cuando alguien iba de veras a por ella.

Una voz de hombre gritó:

—¡Está allí! ¡Allí!

A Murder lo habían localizado, de modo que saltó hacia otro de los vehículos. Hizo bien, porque la granada de humo que alguien lanzó estalló entre las ruedas. Caso de seguir quieto, se hubiese puesto a toser, perdiendo todos los reflejos.

Vio alguien que se movía.

Envió una bala.

La silueta se encogió, pero Murder supo con seguridad que no había logrado ni siquiera rozarla.

Una voz gritó entonces:

—¡Quieto, Murder!

Él lanzó al aire una sonrisa cuadrada.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Eso no importa.

—Pues en cambio importa una cosa: ¿Dónde queréis ser enterrados, muchachos? ¿En el vertedero municipal de basuras de Cluman? ¿En los pozos de aguas residuales de Capistrano Beach? ¿O en el cementerio para perros de Loreley?

Una rociada de balas fue toda la respuesta. Varias de ellas atravesaron de lado a lado el coche.

—Lástima —dijo Murder.

Porque era un «Cougar» rojo último modelo.

La misma voz volvió a sonar cuando el eco de los disparos se hubo disipado en el penumbroso garaje.

—¡Murder, condenado perro, sal con los brazos en alto! ¡No tienes escapatoria!

—¡Qué casualidad! —masculló Murder—. Entonces resulta que estáis igual que yo.

Y disparó hacia el sitio desde donde le habían hablado. La cabeza de un hombre que estaba apoyada en un coche saltó hacia atrás. Murder comprendió que tampoco le había rozado siquiera, pero de que su enemigo se puso a pensar en su propia autopsia, no cabía duda alguna.

La voz volvió a sonar entonces:

—¡Sólo tienes una posibilidad de salir vivo de aquí! ¡Entrégate!

Murder dejó que sus labios dibujaran otra sonrisa cuadrada.

Conocía demasiado bien el sistema de entretener a un tío con palabras mientras se le acorrala por la espalda. De modo que se volvió instantáneamente, girando sobre las puntas de sus pies, mientras enviaba dos balas por encima del brillante techo de un «Ford Granada».

Indio, que ya iba a lanzar el cuchillo, emitió una especie de gorgoteo. Una de las balas le había rozado la garganta de tal modo que creyó que se la había partido. En realidad no dejó en ella más

que una huella de sangre.

Claro que, si llega a estarse quieto, la segunda bala se la parte de verdad. Pero Indio tenía unos reflejos de animal salvaje y saltó contra la pared. El segundo plomo hizo un profundo desconchado en ésta.

La voz de Carnicero sonó entonces calmosamente.

Había perdido una baza, pero le quedaba por jugar otra.

—Hay otra razón para que te rindas, Murder —dijo.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. El rehén.

Los dientes de Murder rechinaron. Por un momento, aunque pareciera absurdo, había llegado a olvidarse de que los fugitivos seguían contando con aquella carta.

—Mataremos al rehén —siguió diciendo Carnicero con la misma siniestra suavidad— si tú no te entregas. Tienes diez segundos para decidir, diez segundos que empiezan a contarse... ¡ahora!

Murder no dejó que transcurrieran.

—Si dentro de diez segundos mataís al rehén —gruñó— os vais a quedar más desnudos que un sapo en un orinal. La policía no ha disparado hasta ahora por miedo a dañarla a ella, pero desde el momento en que estéis solos os van a freír incluso con napalm. De modo que puedes elegir. Cuenta diez segundos, macho.

Se produjo un brusco silencio.

Carnicero, Indio y la zorra que les acompañaba debían estar pensando que la perspectiva descrita por Murder era cierta. Y la posibilidad de que les persiguieran incluso con aviones de caza no les hacía maldita la gracia. Si la policía californiana te lleva ante un tribunal respeta tus derechos, pero lo difícil es que te lleve ante un tribunal. A veces lo único que presenta es la fotografía de tu cadáver con una cintita negra.

Ahora fue la voz de Indio la que murmuró:

—Hagamos un trato. Vamos a salir de aquí sin que nos persigas. En caso de no disponer de diez minutos para escabullimos matamos a Jezabel.

—Ni siquiera creo que la tengáis ahí —dijo Murder para ganar tiempo.

Pero la voz crispada de una mujer le llegó desde el lado opuesto al que él ocupaba. Era una voz angustiada y que reflejaba ya un

cansancio infinito.

—Por favor... ¡Sáqueme de aquí! ¡Tiene que lograrlo! ¡Sáqueme de aquí, por Dios! ¡Ya no puedo más...!

Murder trató de hablar calmadamente porque sabía que lo que aquella pobre muchacha necesitaba era serenidad. Tenía que saber que todo el mundo se preocupaba por su suerte. Con voz tranquila dijo:

—Nada va a ocurrirle, Jezabel. Están tomadas todas las medidas para que esos buitres no le causen ningún daño. Antes de esta noche estará usted libre.

—No le creo... ¡Me doy cuenta de que en realidad no les persigue más que usted! ¡No le creo! ¡No le creo...!

—Está equivocada, Jezabel. Docenas de policías siguen sus movimientos paso a paso. Tenemos todas las armas imaginables, armas que esos cerdos ni siquiera pueden sospechar. Tenga paciencia y aguante un poco más. No se resista. Nosotros la sacaremos de este apuro antes de la noche.

Se oyó un gemido seguido de un sollozo.

Por lo visto a la mujer le faltaban fuerzas para contestar.

Murder siguió intentando ganar tiempo. Con voz cada vez más tranquila preguntó:

—¿Le han causado algún daño? ¿La han maltratado?

Jezabel tampoco contestó.

Y era comprensible. Había que ponerse en su piel para saber lo que estaba pasando.

En lugar de su voz, se oyó nuevamente la voz de Indio que decía:

—Es la última oportunidad que tienes para que ella viva, Murder. Danos diez minutos.

El joven bajó la cabeza.

No tenía más remedio que acceder, porque las cartas pueden jugarse hasta cierto límite. Si aquellos buitres se ponían nerviosos podía ocurrir algo que él lamentaría durante toda su vida: Y Jezabel durante toda su muerte.

—De acuerdo —dijo—. Diez minutos.

Se produjo un brusco movimiento al otro lado del garaje. Entonces se dio cuenta Murder de que sus enemigos se habían movido con un silencio y una rapidez admirables. Creía tenerlos a

un lado cuando en realidad ya estaban en otro.

Un coche situado fuera de su alcance se puso en movimiento. Sin duda los fugitivos iban en él. Murder no podía hacer nada porque se trataba de un vehículo del que apenas podía distinguir los bordes.

Desde las ventanillas dispararon rabiosamente.

No lo hicieron contra él, porque tampoco le veían.

Lo que pretendían era destrozar al menos una rueda de cada uno de los otros coches que quedaban allí.

Fue una tarea sencilla que realizaron a plena satisfacción del respetable público. Ninguno de los vehículos estacionados en aquel garaje podría rodar al menos en media hora. Si Murder no los perseguía en autostop no sabía qué demonios de otra cosa iba a poder hacer. Y aunque Murder enseñase la rodilla en una esquina, no era fácil que nadie parase. Lanzó una maldición. A veces es una lástima no ser una chica.

Salió unos instantes después, cuando los otros se habían perdido de vista.

No estaba dispuesto a respetar los diez minutos, por supuesto.

—Yo no tengo la culpa —dijo con voz espesa—. Mi reloj adelanta...

CAPÍTULO VIII

UN MILLÓN DE DOLARES

Estaba en la puerta cuando, de repente, el morro de un coche le detuvo. Por poco lo atropella y se lo lleva por delante.

Murder tuvo que dar un salto para esquivarle. Por un instante pensó que querían darle el pasaporte por medio del sistema archisabido del atropello casual. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no era eso: sencillamente, el lujoso automóvil pretendía entrar en el garaje cuando él salía.

Era un «Mercedes» Diésel, de importación.

Uno de esos coches con los cuales uno no puede pedir limosna en una esquina. Para tenerlo, hacía falta pasta larga. Hace falta tener un buen apartamento: Hace falta tener una buena chica.

La mujer que lo conducía, abrió la portezuela y saltó.

Murder vio primero sus zapatos última moda.

Pensó: «Ochenta dólares».

Vio sus medias de auténtica filigrana.

Pensó: «Cinco dólares».

Vio sus muslos torneados y duros.

Pensó: «Mil dólares».

—Con gusto se los pagaría, nena —gruñó—, pero me temo que usted no va a tener cambio.

—¿Qué dice...?

—Nada, nada...

La preciosa muñeca se dio cuenta entonces de que los coches del interior estaban desnivelados, señal evidente de que algunos de sus neumáticos no tenían aire. También pudo observar algo más:

señales de bala en ellos. Y, especialmente, algo que la sobrecogió: el cuerpo de Cecile casi cruzado en la entrada y sobre un charco de sangre. Fue a gritar.

Murder no la dejó. Con un gesto que quería ser tranquilizador dijo:

—Soy un detective privado. Le juro que de todo esto no soy yo el autor. Estoy persiguiendo a los que realizaron aquella matanza en el rancho y luego asaltaron el Banco de California. Los he tenido aquí, a dos pasos, ¿comprende? ¡Los he tenido a dos pasos!

Ella movió la cabeza de arriba abajo, todavía con la boca un poco abierta a causa del asombro. La voz de Murder había sonado con tanta amargura —porque el hecho de que se le hubieran escapado le parecía un fracaso— que la mujer se dio cuenta de que no mentía.

Necesitó apoyarse en el coche.

Murder susurró:

—¿Por qué venía usted aquí?

—Porque trabajo con el propietario de este garaje.

—¿Quién es el propietario de este garaje?

—Míster Cramer.

Murder puso las manos en sus bolsillos, relajándose un poco, mientras suspiraba:

—¿Cramer, el hombre que se presenta a las elecciones para la Cámara de Representantes?

—Sí.

—Supongo que no tenía usted ni idea de lo que estaba pasando aquí.

—¿Cómo iba a tenerla?

—La creo. Pero dígame: ¿viene usted con frecuencia a este garaje?

—Cada mañana, porque estamos organizando una oficina electoral en la parte posterior, en un edificio de míster Cramer que ahora está vacío.

—¿No hay vigilante aquí? Estos portaaviones que usted ve ahí dentro valen pasta larga...

—Claro que hay un vigilante. ¿Dónde está?

Murder suspiró con desaliento.

—Ha sido una tontería preguntarlo, hermana —dijo—. Lo

encontraremos degollado dentro de uno cualquiera de los coches.

—Dios santo...

—Veo que su cacharro comprado en una subasta tiene radioteléfono. Me permite usarlo, supongo.

Sin esperar la respuesta de la chica, se coló dentro y telefoneó al *sheriff* Wonder. Éste, junto con el jefe superior de policía de Los Ángeles, dirigía una especie de estado mayor desde el que se controlaban todos los movimientos de los fugitivos. Pero como suele ocurrir siempre en los estados mayores, nadie tenía una idea exacta de lo que pasaba porque nadie estaba en la calle. Las noticias contradictorias sobre coches que no obedecían la orden de «Alto» llegaban por doquier. Docenas de sospechosos estaban siendo detenidos. Los tugurios más o menos elegantes situados cerca de las playas estaban vomitando una tal cantidad de basura humana que ya no se cabía en las celdas.

Murder fue el único que dio la situación exacta y señaló las características del coche en que habían huido los asesinos. Por supuesto, Wonder ya sabía que estaban localizados en el garaje de Vista Loma, pero un aluvión de informaciones contradictorias le habían hecho perder el dominio de la situación. A última hora ya no sabía dónde paraban.

El detective murmuró:

—Llevan a la muchacha como rehén y por lo tanto seguimos sin poder disparar. Haga que los helicópteros sobrevuelen la zona y localicen a ese coche. Cuando tengan una información concreta, démela. ¡Seré yo el hombre que remate la caza!

—¿En qué pocilga estará usted, Murder? ¿Tiene algún sitio fijo donde pueda llamarle sin que me contagie de lepra?

—Me encuentro en un «Mercedes» con radioteléfono. Pero creo que hay un sitio en el que podría estar para recibir instrucciones, y con el que será fácil, comunicar en cualquier momento: la oficina del dueño de este carrito de inválido. Es el político Cramer.

Y colgó.

La chica le miraba desde la puerta con los ojos muy abiertos.

—¿Quiere ir a la oficina de míster Cramer? —dijo.

—Necesito un sitio desde el que pueda telefonear y recibir llamadas sin limitación. Por una serie de razones que sería largo explicarte, hermana, no puedo ir a una estación de policía.

Ella inclinó la cabeza para entrar.

—Está bien —dijo—, venga. Al fin y al cabo, todo esto va a ser propaganda para míster Cramer.

Y maniobró para sacar el coche de allí.

Había que ver cómo se le subía la falda al conducir.

Y había que ver las piezas de repuesto que llevaba debajo de aquella falda.

Murder susurró:

—¿Cómo te llamas?

—Loretta.

—¿Edad?

—Veintiuno.

—¿Dónde deseas ser enterrada?

—¿Quéeee...?

—Perdón, me he equivocado. ¿Dónde deseas ser amada?

—Tengo un apartamento en San Pedro y la Calle 90, con vistas a Fort Mac Arthur, pero no admito a nadie en él ni siquiera pagando entrada. Allí sólo entrará mi marido.

—Podría entrar de otro modo —dijo Murder—. Podría entrar aunque fuese como hombre de la limpieza.

—¿Y qué limpiarías tú?

—Tus pensamientos, nena. Hace al menos dos años que estás buscando a un marido que por el momento no existe. O un sustituto que te valga.

Ella prefirió no contestar.

Sus labios estaban apretados. Sin duda era una chica perfectamente normal y poco amiga de complicaciones, para la cual los fulanos como Murder parecían como llegados de otro planeta, aunque ese planeta estuviese tan cercano como las calles de Los Ángeles.

El detective le ofreció un cigarrillo y ella lo rehusó. Entonces él se lo puso en los labios mientras decía:

—Cierto, todo esto le servirá de propaganda a Cramer. ¿Dónde vive?

—Tiene sus oficinas en Montebello. Precisamente le estoy llevando allí ahora.

En efecto, rodaban por la San Bernardino Freeway en dirección oeste, dejando a los lados West Covina, Baldwin Park, Temple City,

South San Gabriel y Alhambra. Luego doblaron hacia el sur, por Atlantic Boulevard, para alcanzar Pasadena.

La animación de la ciudad era la de siempre. Murder sabía por experiencia lo difícil que resultaba controlarla. Nadie parecía acordarse ya de los asesinatos masivos ni del atraco por el que se estaba organizando una de las persecuciones más movidas de California. Nadie se preocupaba de riada que le fuera ajeno. En cualquier sitio en que se ocultasen, los fugitivos encontrarían seguramente la colaboración de la indiferencia.

Nadie los denunciaría por no tener molestias.

La muchacha metió el coche por la rampa de otro garaje privado. Luego subieron en un ascensor a la planta noble del edificio.

Murder contemplaba con admiración los detalles.

Muy distinto todo de su pocilga, empapelada con cheques que era ya imposible cobrar.

Allí había pasta larga. Dinero fresco. Dólares no con la cara de George Washington, sino con la cara de mister Cramer.

Atravesaron una enorme sala donde trabajaban al menos veinte chicas en minifalda y penetraron en el reino, estrictamente privado, de Cramer. Éste era un negociante que sólo se había metido en política cuando el respetable número de sus millones le había hecho pensar que su apellido bien merecía un poco de lustre. Ambicioso, calculador y con años por delante, podía llegar muy alto, si se lo proponía.

Murder intentó recordar lo que sabía de él, pero era poca cosa: negocios de acero, de barcos, de cine...

La chica abrió una puerta.

Debió haber llamado antes.

Porque el mister Cramer en cuestión estaba dándole un repaso de alivio a una de las minifaldas, bueno, a lo que había debajo de ella.

Balbució:

—Pero, Loretta...

La chica a la que estaba dando el repaso no tuvo necesidad de bajarse la falda.

¿Para qué? Resultaba imposible. Ni estirándola con una grúa, podía llegar a tres dedos por debajo de sus preciosas nalgas.

Loretta, visiblemente confundida, murmuró:

—Perdone, míster Cramer.

—No se preocupe. Hablábamos con su compañera Evelyn de..., de enviar una carta urgente. Y tomábamos las medidas necesarias al respecto.

—Que tomaba medidas ya lo he visto —dijo tranquilamente Murder.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Murder.

—¿Puede demostrarlo?

—No. Me he dejado en casa mi collar y mi licencia municipal de perro.

Cramer no se alteró demasiado. Pese a ser un millonario, parecía estar acostumbrado a tratar tipos como él.

—Su nombre me suena —dijo.

—Celebro que reciba usted información de las cárceles y de los hoteles para rameritas negras, míster Cramer.

—No, no me han hablado de usted en esos sitios. Han llegado a mis oídos ciertas indiscreciones de la policía. Además, ¿para qué negarlo?, las potentes radios de mis coches reciben en la onda ultracorta que emplea la bofia para sus mensajes. Me he enterado de que usted es el hombre que está persiguiendo a esos sucios hijos de perra.

Murder sonrió.

—Me gusta su lenguaje, míster Cramer. Nos entenderemos.

—Estoy seguro. Pero ¿a qué ha venido aquí?

Loretta se creyó entonces en la obligación de intervenir. Explicó en breves palabras, y sin poder dominar aún del todo la emoción que la embargaba, lo que había encontrado en el garaje de Vista Loma.

—Pero ¿cómo es posible...? —balbució—. ¿De veras han estado allí?

—Si quiere convencerse —explicó Murder—, le traigo a la chica muerta.

—Es inconcebible... ¿Y no sabe nada más?

—No sé nada más; eso es lo que lamento. Pero la casualidad ha querido que tropezara con su secretaria, y eso me ha hecho pensar que las oficinas de usted son ideales para dar y recibir mensajes —

explicó Murder—. Las comunicaciones resultan esenciales en un asunto como éste.

—Lo comprendo, y estoy dispuesto a ayudarle. Hay algo que debe usted saber ante todo, Murder.

—¿Qué es?

—El hombre que fue asesinado en aquel rancho con toda su familia se llamaba Streicher.

—No es que yo sea muy listo —gruñó Murder—, pero al menos me he enterado de eso.

—Quizá usted no sepa que era abogado. Trabajaba para Dawson, mi rival político en estas elecciones, y cuyas dificultades legales resolvía con gran brillantez. Streicher era un hombre listo al cual me hubiese gustado tener en mi equipo.

—¿Por qué vivía fuera de Los Ángeles si trabajaba en la ciudad?

—No se puede considerar que viviese «fuera». Su rancho estaba situado a media hora de los arrabales yendo en un buen automóvil. Consideraba que a su mujer le convenía más aquel clima y por eso vivía tan apartado. Pero no voy a hablarle de eso, Murder. Cada uno vive donde quiere o donde puede. Lo esencial es que ese hombre trabajaba para mi rival más directo.

—Entonces le debe beneficiar su muerte.

—Narices. Las elecciones no dependen de eso. Pero en cambio se me ofrece una magnífica oportunidad política para sacar provecho de la situación. No quiero aparecer como un idealista porque todo el mundo sabe que no lo soy. Soy un hombre práctico. Y por ello ofreceré una elevadísima recompensa al que capture a esos perros asesinos.

—Con lo cual usted aparecerá como un hombre que tiene la nobleza de ayudar indirectamente a Su rival en la desgracia, ¿no?

—Eso es lo que pretendo. ¿Qué le parece?

—Que es una buena idea, desde el punto de vista práctico. No perjudica a nadie, excepto a los asesinos.

—A los asesinos que les hagan beber cianuro con manguera —dijo expeditivamente Cramer.

—Me parece una excelente idea. Sólo hace falta, encontrarlos.

—¿Sabe qué recompensa pienso ofrecer?

—Ni idea.

—Un millón de dólares.

Murder lanzó un silbido.

Un millón de dólares... Adiós la miseria. Adiós el apartamento empapelado con cheques incobrables. Adiós los abonos a un restaurante barato. Adiós los pellizcos a las chicas en el ascensor porque el bolsillo no daba para más.

Con un millón de dólares, uno podía abonarse a un restaurante de Santa Mónica. Podía tener un apartamento en Manhattan Beach. Podía tener nenas con las piernas mejores de la ciudad. Podía dedicarse a perseguir criminales con un revólver de oro.

Cramer susurró:

—Quizá ese millón podría ganarlo usted.

—Por eso he dicho que me parece una excelente idea.

—¿Quiere instalarse en el despacho de mi secretaria? Allí podrá disponer de las líneas telefónicas y telegráficas mejor organizadas de la ciudad. Y podrá dar y recibir por radio los mensajes que quiera. Con motivo de mi campaña electoral, he creído necesario montar una pequeña emisora.

—Justo lo que necesito, míster Cramer. Apenas haya el menor indicio, he de salir disparado sin pérdida de tiempo.

—Oiga..., una última cosa. Yo no creo en los jurados ni en las leyes.

Murder se puso dos dedos en las narices, como si oliera mal.

—Ni yo —dijo.

—Por lo tanto vería con agrado que ahorrarse trabajo a los contribuyentes liquidando a esos cerdos en cuanto les pusiera el ojo encima. Una buena bala es siempre mejor que una mala sentencia.

—Es usted un filósofo, Cramer.

—Y también un gran trabajador. Deje que siga tomando medidas para enviar la carta urgente antes de que mi secretaria se haga vieja.

Y empezó otra vez a realizar maniobras con la minifalda.

Murder gruñó:

—Oiga... Si cobro el millón le daré diez mil dólares por el traspaso. No sabe usted la cantidad de cartas urgentes que envío los días de fiesta.

Y pasó al despacho que le habían indicado.

El millonario que estaba trabajando tanto por el porvenir de su empresa ni se enteró.

La secretaria gimió entonces:

—Míster Cramer, que ya me ha puesto la minifalda en la garganta...

—Son las nuevas normas de la seguridad social —gruñó el otro—. Lo hago para que no te constipes, nena.

CAPÍTULO IX

UNA PERSECUCIÓN «DE CINE»

Cuando Murder acababa de situarse en el despacho donde, efectivamente, había teléfonos, radio e instalación de telégrafo, Loretta le dijo:

—Me parece que eres un sinvergüenza, Murder.

—¿Lo dices por lo de la otra secretaria?

—Lo digo por mil detalles.

—No te preocupes. Si a ella le doy diez mil dólares a ti te daré quince, chata. Con un millón para tirar, no voy a pararme en miserias.

—Lo cual quiere decir que el millón te duraría quince días.

—Pero ¡qué quince días, nena!

Y fue a poner él también una carta urgente.

Pero Loretta no llevaba minifalda.

Le paró las manos enseguida.

Murder susurró:

—Yo también quería estar de acuerdo con las normas de la seguridad social. Yo también, quería que no te constipases, nena...

En aquel momento sonó el teléfono.

Era Wonder.

Le saludó afectuosamente, demostrando que cada vez era mayor su afecto hacia él.

—Menos mal que te encuentro, maldito perro, sucia hiena, repugnante babosa, caracol...

—¿Por qué caracol? —preguntó Murder—. ¿Qué quiere decir eso?

—Baboso, cornudo y arrastrado.

—Ah, menos mal —dijo. Murder—, creí que era algo más serio. Wonder insistió:

—Menos mal que te encuentro, verdugo jubilado. He tardado mucho en llegar al sitio en que debía localizarte.

—He estado hablando con Cramer.

—Parece que ha habido noticias de esos buitres.

—¿Sí?

—Sí. Un coche patrulla ha entrado en contacto con ellos cerca de Pacific Palisades, cuando se dirigían a Bel Air y Beverly Hills. Parece que ahora se han decidido por los barrios ricos, quizá porque tienen algún amarradero allí. Los del coche patrulla se han confiado demasiado.

Han obrado por su cuenta antes de pedir ayuda.

—¿Y...?

—Dos policías muertos —resumió Wonder con voz de funeral—. Esos tipos disparan como demonios. Y como llevan un rehén, los otros agentes no se han atrevido a acribillar el coche.

Murder apretó los labios. Las líneas de su rostro adquirieron ahora una excepcional dureza.

—¿Y los otros patrulleros? ¿No les han seguido?

—Oh, claro que sí... Pero se han limitado a escoltarlos, como quien dice. No se han atrevido a disparar contra ellos por miedo a liquidar a la prisionera. Por otra parte, el sitio donde se han metido no admite la intervención masiva de la policía. Podría haber docenas de víctimas inocentes. Es un lugar donde solamente puede actuar con éxito un hombre aislado..., que esté dispuesto a todo.

—Gracias por haberme descrito con tanta exactitud —dijo Murder—. ¿Dónde se han metido?

—Han ido hacia Beverly Hills y Santa Mónica Boulevard.

—Por lo tanto... —susurró Murder sin lograr disimular su alarma—, se están metiendo en Hollywood...

—Sí. Y ahora imagine lo que supone eso. Las últimas noticias los sitúan en Universal City, o sea, en los estudios de la Universal Pictures. Valiéndose de su rehén, pueden llegar adonde quieran, porque nadie se atreverá a cortarles el paso. Y en los estudios de la Universal se está rodando una película sobre la Revolución Francesa en la que hay docenas y docenas de actores, además de unos dos

centenares de extras. Los fugitivos tienen allí ropas para cambiarse y maquilladores para elegir. Pueden cambiar de aspecto y mezclarse con los extras. Cuando a éstos sea imposible contenerlos y se larguen, los fugitivos se largarán también. Jamás daremos con ellos, Murder. Y para que no disparen a mansalva, hace falta que sea un hombre sólo el que los atrape.

Murder gruñó:

—La oficina de míster Cramer tiene un helipuerto en la azotea.

—Sí.

—Envíeme un aparato enseguida. Necesito llegar a Hollywood sin problemas de tráfico. Cada minuto cuenta.

—Lo haré, Murder. ¿Va bien armado?

—Sí, pero además tengo mis manos. —Dijo Murder.

Loretta tuvo que apartarse de un salto porque él también estaba tomando medidas. Con voz crispada gritó:

—¡Ya me he dado cuenta de que tienes manos, so buitres...!

CAPÍTULO X

MÁS ALLÁ DE LAS CÁMARAS

El helicóptero dejó a Murder en los mismísimos estudios de la Universal, en una de las grandes explanadas que habían destinado los estudios al montaje de platos para escenas al aire libre. En apariencia tampoco se notaba allí la menor anormalidad. Incluso el helicóptero fue tomado por uno de los que usaban los ejecutivos de la compañía, que a veces preferían, ese sistema de transporte porque es más rápido y además da tono.

Uno de los detectives de la enorme empresa recibió a Murder al pie del aparato. Se tapó las narices al verle.

—¿A ti no te habían expulsado de la policía? —preguntó.

—Sí. Querían matarme, pero les convencí para que me echaran con un hueso en la boca. Fue una suerte.

No pudiendo disimular que le molestaba la presencia de un intruso allí, el otro gruñó:

—No hay ninguna anormalidad. Incluso dudo que hayan llegado a colarse en este recinto.

—Hay vigilantes en todas las entradas, ¿no?

—Como en cualquier compañía de cine.

—¿Se ha pasado el control a todos, por si han observado algo anormal?

—No han notado nada, pero esos tipos pueden haber entrado con los extras. Han dispuesto de una oportunidad que se repite muy pocas veces.

Resulta fácil atacar a unos cuantos extras auténticos, amordazarles dentro de una furgoneta y robarles los pases.

—¿De modo que no se tiene la menor idea de dónde pueden estar?

—No.

Murder gruñó:

—Bueno, pues entonces me cargaré a todos los extras...

—Hay doscientos.

Murder suspiró con alivio.

—¡Qué bien! —dijo—. Creí que había más.

Y se largó.

La verdad era que pocas veces en su vida se había encontrado ante una situación semejante. Un terreno desconocido, personas desconocidas y enemigos desconocidos. Pues a aquellas horas podían haber conseguido ya ropas nuevas y obligado a alguien a que les maquillase. Por otra parte, allí había muchas cosas que no se sabía si eran reales o ficticias hasta haberlas mirado bien. Estaba en situación ideal para que le clavaran una bala por la espalda.

El jefe de personal de los estudios vino acompañado por un ex jefe de policía que era el responsable de la seguridad en los mismos.

El ex jefe de policía también se tapó las narices al acercarse a Murder.

—¿Qué medidas sugiere? —preguntó—. Lamento que en la jefatura de Los Ángeles no hayan encontrado a nadie mejor que usted. ¿Qué necesita para empezar a disparar a mansalva? ¿Echo a los extras?

—Al contrario —dijo Murder—. Supongo que lo que quieren es salir confundidos con ellos.

—Pero la rehén chillaría...

—Y le clavarían una bala en la espalda.

—De acuerdo, ya sé lo que piensa. Pero no imagino qué puede hacer aquí, en un terreno que no conoce y con gente a la que no conoce. ¿Cuál es su idea?

Murder sonrió.

—Ustedes no hagan nada —dijo—. Absolutamente nada. Desarrollen el trabajo de una forma normal. ¿Dónde se visten las chicas?

—En el pabellón C:

—Pues ya tengo bastante —gruñó Murder—. Voy allá. Para lo poco que me pagan, al menos alegraré la vista.

No le faltaba razón. Por algún sitio tenía que empezar, y estaba claro que la mujer que acompañaba a los dos forajidos habría ido con la rehén al lugar donde se cambiaban las mujeres. La rehén conocía a Murder y Murder la conocía a ella. Mal irían las cosas si no podían hacerse al menos una seña. En ese caso, la asesina que la acompañaba estaría más perdida que una rata en la cazuela de un chino.

Cuando entró en el enorme recinto, qué consistía en una fila interminable de tocadores y pequeños armarios para guardar la ropa, las maquilladoras y las extras se movían en una especie de frenesí porque el tiempo apremiaba. Iban a dar la orden para empezar a rodar. Chicas que poco antes llevaban camisas a cuadros y bluejeans se estaban enfundando ahora vestidos de la época de Robespierre. Otras se ponían medias de algodón blancas, o negras como las que se usaban en la época. Algunas, que hacían el papel de cortesanas, se las ponían de seda. Otras estaban, simplemente con el traje de *madame* Eva, que es el que hasta las más pobres han podido usar en todos los tiempos, con gran éxito de crítica, y público.

Ninguna se asustó demasiado al ver a Murder.

Al contrario, muchas lo calibraron enseguida.

Buena musculatura, buena planta, buena salud. Pocos remilgos, pocas ceremonias, poca vergüenza. Vamos, todo un tío...

Una de ellas susurró:

—¿Me ayudas a ponerme el vestido?

Murder se lo quitó del todo.

—Pero ¿qué haces?

—Perdona, me he equivocado.

—No me toques.

Pasó algo que a la chica le hizo lanzar un grito.

—Pero ¿qué haces?

—Perdona —susurró Murder—, todo lo entiendo al revés esta mañana.

—Tú no eres de los estudios, ¿verdad? Tienes aspecto de detective a quien no han pagado en los últimos tres meses. ¿A quién buscas?

—A unos que se han colado aquí para poder despistar a la

policía. Puede tratarse de dos mujeres jóvenes y bonitas, una de las cuales debía estar asustada. ¿Las has visto?

—Jóvenes y bonitas lo somos todas aquí. Y asustadas lo estamos todas también, sabiendo que nos van a rebajar la primas. Me parece que tendrás que buscar en otro sitio, muchacho.

Murder dio un cachetito a la chica y fue a apartarse.

Ella le apartó con cierta fuerza mientras sonreía.

Murder nunca llegó a imaginar en aquel momento que era precisamente eso, el empujón, lo que le salvaba la vida. El puñal, magistralmente lanzado, venía ya hacia él desde una de las pasarelas superiores, al llegar a estar quieto en el mismo sitio, se le hundió en mitad del pecho.

La hoja de acero se hundió tremolante en la madera de uno de los tocadores.

Murder miró hacia arriba mientras en torno suyo oía varios chillidos.

Indio estaba en una de las pasarelas que cruzaban por encima del pabellón C, y sin duda había querido eliminarle con rapidez y silencio. Un, sólo segundo hubiera bastado para que Murder dejase de molestar.

Murder también se propuso no hacer ruido.

Una serie de disparos podía desatar el pánico más incontrolable. Y unos estudios de cine son como un polvorín que puede estallar por el sitio menos pensado.

Vio que Indio no había tenido tiempo de cambiarse, porque iba vestido con las mismas ropas que la primera vez. No se distinguía por allí a nadie más que pudiera ayudarle. Y así debía de ser, porque el asesino lanzó un grito de rabia mientras se escabullía hacia el final de la pasarela.

Murder corrió hacia las escalerillas que llevaban a ella.

Sus movimientos eran los de un galgo.

Segundos después estaba en aquella pasarela, pero no se distinguía rastro de Indio. Con un cuchillo en la mano a punto de lanzarlo, Murder corrió también. Se encontró al final con una puertecilla colgada en el vacío detrás de la cual había otras escaleras.

Indio ya estaba abajo.

Había guardado el cuchillo e intentaba sacar un arma de fuego.

No le importaba crear allí una oleada de pánico. Al contrario, eso le favorecía.

Pero Murder no le dejó tiempo. Se lanzó sobre él desde una altura de más de diez yardas. Cayó sobre su enemigo cuando éste no había sacado el arma aún.

Dio de lleno con sus zapatos sobre la columna vertebral de Indio.

A otro cualquiera le hubiera partido hasta la médula de los huesos. Pero Indio demostró ser de acero y de goma a la vez. No sólo resistió el atroz impacto, sino que pudo saltar y ponerse en pie mientras Murder rodaba por tierra.

Comprendió que ya no tendría tiempo de sacar la pistola.

Disparó rabiosamente su pierna derecha contra la cara de Murder.

Pero éste, que había soltado por unos instantes el cuchillo, le sujetó el zapato con las dos manos antes de que le llegase a la cabeza. No sólo lo detuvo, sino que lo hizo girar con rapidez vertiginosa.

Todo el cuerpo de Indio giró también.

Lanzó un aullido mientras iba a estrellarse contra una plancha metálica que separaba dos platos.

Murder no perdió tiempo en consideraciones morales. Disparó el cuchillo de mango de plomo que había dejado junto a él. El lanzamiento resultó perfecto, pero Indio era un auténtico fenómeno en aquella clase de lucha.

Lo esquivó.

La hoja se clavó tremolante en la delgada plancha metálica.

Murder saltó hacia adelante.

Sus piernas fueron como dos tenazas conectadas en el aire.

Cerró los tobillos en torno al cuello de Indio, girando. Aquella llave hubiese despertado gritos de asombro en un *ring*. Pero en realidad no quería asombrar a nadie, sino simplemente romper el cuello de Indio.

Murder siempre pensando en la buena salud de los otros.

Y si Indio llega a estarse quieto, su cuello se parte en dos, pero fue lo bastante listo para girar en la misma dirección que Murder. De ese modo, cuando, éste cayó, al asesino no le había ocurrido nada..., a excepción de un chirrido de huesos que hubiera helado la

sangre a cualquiera.

Sin embargo, alguien gritó desde una esquina:

—¡Más realismo en los ensayos, muchachos! ¡Esto es una filfa! ¡Así no llegaréis jamás a nada! ¡Que os contrate vuestro padre!

Los dientes de Murder rechinaron.

Sólo faltaba que le confundieran con un tipo que quería ganarse la vida como doble para las escenas arriesgadas.

Indio ya había corrido hasta el final de la pared metálica y desaparecía por el otro lado. Murder fue tras él.

El que había hablado antes gritó:

—¡Eh, no se vayan, maldita sea! ¡Los dos son una caca, pero de todas formas les contrato!

Murder pasó también al otro lado de la mampara metálica.

Vio correr a Indio por un espacio vacío.

Iba hacia la entrada de un pabellón en cuyo interior debía estar instalado un plato.

El detective tampoco se anduvo con contemplaciones. Sacó su revólver y se dispuso a hacer fuego. Cuando Indio entrara en el plato ya habría ganado en peso seis onzas por lo menos.

Pero dos mujeres se cruzaron en aquel momento con él, y el fugitivo casi las abrazó. Un instante después las había derribado por tierra mientras seguía corriendo.

Con ello había salvado el instante decisivo, el instante justo en que Murder se disponía a enviarle la bala. El detective no se atrevió a disparar por miedo a alcanzar también a alguna de las dos mujeres.

Indio tuvo tiempo justo para abrir la puerta del pabellón. Un segundo después, lo había perdido de vista.

Murder se lanzó también hacia allí.

Su cabeza retumbó contra la puerta.

CAPÍTULO XI

NUESTRO AMIGO DRÁCULA

Cuando pudo entrar en el plato, vio que Indio se había situado a un lado de la puerta, evitando atravesar una zona descubierta como era la que había entre él y las cámaras. Por el contrario, el fugitivo estaba situado ante el enorme tablero que controlaba las luces. Unos pocos segundos le bastarían para dejar aquello completamente a oscuras.

Porque en el plato no había la menor luz natural. La clase de la escena rodada lo exigía así.

Los ojos de Murder resbalaron instantáneamente por el enorme escenario. Los focos, la atención, las cámaras estaban concentrados en un solo punto: la cama en que una hermosa mujer dormida iba a ser atacada, por el conde Drácula.

La situación resultaba angustiosa.

El realismo era sobrecogedor.

Pero todo aquello no importaba a Murder; lo único que le importaba era lo que hiciese Indio. Y éste disparó dos veces con la mano derecha mientras con la izquierda movía instantáneamente hacia abajo las palancas de conexión eléctrica.

Las balas sólo rozaron a Murder.

Éste se había lanzado a tierra con la velocidad del rayo.

Pero instantáneamente se hizo la oscuridad. El enorme recinto se llenó de gritos y maldiciones mientras más disparos brotaban de entre las sombras.

Los fogonazos sirvieron a Murder para conocer la posición de su enemigo. Disparó al sitio donde estaba presuntamente el centro de

su cuerpo; tiró a matar. Pero no tuvo suerte, porque aquél, condenado Indio se movía con la celeridad de un gamo.

Murder saltó hacia el cuadro de luces.

Jamás le atraparía mientras estuviesen a oscuras.

Iluminó de nuevo el escenario y se dio cuenta de que Indio ya no estaba allí. Pero habían cambiado también otras cosas en el recinto.

Por ejemplo, la doncella que iba a ser atacada por Drácula ya no estaba en la cama. Al contrario, intentaba sacar a alguien de debajo de ésta.

Por fin lo consiguió. Apareció el vampiro.

—Pero ¿qué te pasa? —murmuró la dulce doncella.

El conde Drácula gimió:

—Tengo miedo.

Murder ni siquiera llegó a oír eso mientras atravesaba el plató con la velocidad del rayo. Vio que al fondo había una puerta que oscilaba y dedujo que Indio había escapado por allí. El coro de maldiciones y de gritos que le acompañó en aquel breve trayecto no cabría en un libro.

Distinguió entonces a Indio subiendo por unas empinadas escaleras metálicas. Esas escaleras terminaban en una pasarela que atravesaba gran parte de los estudios de lado a lado.

Era un buen sitio para huir sin tropiezos.

Lo malo era que resultaba demasiado visible.

Sobre todo para un pájaro como Murder.

Éste disparó dos veces contra la espalda de Indio. No le importaba matar así a una alimaña como aquélla. Pero ninguna de las dos balas alcanzó al fugitivo porque una casualidad afortunada le salvó: en aquel momento un camión cargado con láminas de plástico pasaba por delante. Las balas se hundieron en él sin producir el menor daño.

Murder corrió entonces hacia las escaleras. Su enemigo ya se había perdido de vista.

Bueno, eso creía.

Cuando el detective estaba a punto de llegar arriba, la bala se llevó por delante su revólver, calibre especial, y le produjo en los dedos una gruesa línea de sangre. Murder lanzó un gruñido de dolor mientras veía a su enemigo agazapado en la pasarela.

No tenía tiempo de montar su rifle ni de hacer nada que no

fuera jugarse el tipo a una carta. Fue hacia adelante, mientras Indio disparaba otra vez.

No le alcanzó.

El cuerpo de Murder retumbó contra la barandilla de la pasarela.

Alguien gritó abajo:

—¡Cuidado! ¡Los furgones están llenos de cal viva!

Como en una pesadilla, los ojos de Murder giraron hacia lo que había más allá de la pasarela. Distinguió abajo tres furgones de hierro situados en una vía. En efecto, estaban cargados de cal que debía ser necesaria para el rodaje de alguna película.

Siguiendo un movimiento impulsivo, estaba girando sobre sí mismo.

Sujetó la mano armada de Indio antes de que éste lograra disparar de nuevo.

La alzó:

La bajó de pronto.

Todo el cuerpo de Indio vibró en el aire.

Se oyó un alarido salvaje.

Había saltado por encima de Murder.

Por encima de la barandilla.

Por encima de...

Murder masculló:

—Lo siento por tus huesos.

Había visto volar a Indio hacia el vacío, hacia los raíles donde estaban los furgones de cal viva.

Las salpicaduras llegaron casi a diez yardas.

Indio se hundió en aquella sustancia blanca, de una consistencia casi gelatinosa, que le devoraba hasta la médula.

Su alarido fue atroz.

Debió oírse en medio Hollywood.

Murder se apoyó en la barandilla, jadeante, mientras gruñía:

—Lástima que no hayan filmado la escena para cualquier película. Les hubiera salido barata...

SEGUNDA PARTE

LA SORPRESA

CAPÍTULO XII

NO OLVIDES A LOS MUERTOS

Murder descendió pesadamente por las delgadas escaleras metálicas. La verdad era que ahora se sentía cansado, pese a su excepcional resistencia. La tensión nerviosa a que había estado sometido en los últimos minutos cargaba sobre sus hombros como una losa de plomo.

Cuando llegó abajo, junto a los furgones, no se veía nada de lo que había sido Indio. Prácticamente formaba ya parte de la masa de cal. Murder pensó que los forenses, para darle como oficialmente muerto, iban a tener trabajo. Había que llamar a un ingeniero de minas para sacarlo de allí.

Un coche emisora móvil se detuvo junto a él. Del interior salieron dos policías, un hombre y una mujer. La mujer era Loretta, lo cual estaba muy bien. El hombre era Cramer, lo cual estaba muy mal.

Murder susurró:

—¿Cómo han venido?

—Sabía que estaba aquí —dijo Cramer—. No olvide que la comunicación la recibió en uno de mis despachos.

—¿Y cómo le han dejado entrar?

—Soy accionista de esta compañía.

—¿Protege chicas?

—Les doy buenos consejos.

—¿Antes o después?

—Generalmente después: les digo que se larguen.

Murder le dirigió una sonrisa cuadrada.

—Es usted un tiburón, Cramer, un maldito hijo de hiena, por si no se lo han dicho nunca. Pero me gusta. Tiene mi escuela.

—Pues qué bien... —dijo Loretta—. Más de dos mil empleados tendrán que taparse las narices cuando entren en la compañía.

Murder clavó sus ojos helados en la chica.

Menudo bombón.

Lástima que...

—¿También a ella le toma medidas? —preguntó Murder.

—No —dijo Cramer—. Es lo bastante estúpida como para negarse a que un hombre de experiencia le diga lo que tiene que hacer.

—Entonces, ¿por qué la ha traído?

—Se me ha colado en el coche emisora sin que pudiera evitarlo. Parece que lo que está usted haciendo le llama tanto la atención, que no quiere perderse detalle. Por cierto, ya hemos visto el salto olímpico de ese tipo.

¿Cómo se llamaba?

—Indio.

—¿Un mote?

—Sí, supongo que sí. Como el de Carnicero también debe serlo. Pero ahora le deberían llamar Blanquito.

Quedaría mucho mejor.

Los dientes de Loretta rechinaron.

—Tus chistes, Murder —dijo—, no tienen maldita la gracia.

—Pues ¿por qué has venido?

—Porque soy la secretaria principal de míster Cramer. Y lo seré mientras no haga lo que él piensa que debo hacer. En cuanto tome la medida de una de sus camas, se cansará de mí y me echará por la ventana. Pero, mientras tanto, el tío aguanta. Es mi truco para conservar el puesto. Y como secretaria principal, no puedo dejarle solo. Por eso he venido.

Murder dirigió al millonario una sonrisa cuadrada.

—Sincera la niña, ¿eh?

—Lo malo es que eso es capaz de decirlo en el Sindicato —gruñó Cramer—. Pero no he venido aquí para hablar de mujeres, Murder. He supuesto qué usted necesitaría un equipo receptor-transmisor. Los que hay instalados en los estudios están en sitios muy distantes.

—Se lo agradezco. Es usted la única persona que se ocupa de mí.

Lástima que no acabe de ser mi tipo. Si lo fuera, se ganaría usted, la vida.

Y entró en el vehículo-emisora.

El tío estaba tan fresco.

Llamó por radio a Wonder.

Éste aulló:

—¡Dos helicópteros sobrevuelan los estudios, pero no hemos visto nada! ¡No tengo noticias! ¿Qué pasa?

—Uno menos.

—¿Qué?

—Indio ha muerto.

—¿Con seguridad o está solo herido?

—Hombre, lleva ya casi diez minutos en un baño de cal viva. No sé qué le habrá pasado.

Wonder se convenció de que sí, de que debía estar muerto.

—Confío en que pronto le harás compañía, Murder. Lástima que de momento aún tengas trabajo.

—Muy amable... Vamos a resumir la situación, ¿quiere? En este momento me encuentro en la parte sur de los estudios de la Universal con sólo dos personas a quienes perseguir: Carnicero y la segunda chica. Pero siguen teniendo al rehén. Y no dispongo de la menor pista.

—¿Han salido los extras?

—Me temo que algunos sí, y entre ellos deben estar esos dos y su prisionera. Registrar todos los estudios nos costaría una semana, ¿entiende?

—Claro que lo entiendo, condenado rufián —gritó el *sheriff*—. Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Habrá que empezar de nuevo —reconoció el detective—, con la diferencia de que ya son sólo dos los que he de atrapar. Además, Carnicero y su chica no pueden estar demasiado lejos de aquí.

—¡Pues atrápelos! ¡Atrápelos cuanto antes, maldita sea! ¡Y tráigame sus dos esqueletos metidos en una caja de fósforos!

Wonder cortó la comunicación.

Y el detective suspiró con cansancio.

Era cierto: tenía que empezar de nuevo. Los fugitivos habían dejado una víctima cada vez que se enfrentaron a él, pero el problema seguía tan candente como al principio. Mientras no

liberara a Jezabel, la mujer capturada como rehén, nada habría conseguido.

Salíó de la furgoneta y miró con desaliento en torno suyo. Cramer y su secretaria Loretta hablaban de algo a cierta distancia. Una gran cantidad de extras y de policías provenientes de todos los rincones de los estudios se habían congregado en torno al furgón de cal viva, donde yacía un cadáver.

Murder pensó que los fugitivos tratarían por todos los medios de salir de Los Ángeles. Que intentarían llegar sin duda a la cercana frontera de México.

Claro que las salidas del país por aquel lado estaban perfectamente controladas. Sería difícil que lo consiguieran.

Un hombre vino entonces hacia él.

Era gordo, alto. Tenía pinta de policía satisfecho que va a jubilarse después de casi cuarenta años de rascarse la tripa.

Después de haber servido eficazmente al país, vamos.

También se tapó las narices al ver a Murder.

Murder gruñó:

—¿Qué, Slim? ¿Lo han trasladado al Departamento de Basuras?

—He tenido la desgracia de que me enviaran a darle un mensaje, Murder. No sabe lo que lo siento. Luego tendré que desinfectar toda mi ropa, con lo caras que están esas cosas.

—¿Qué mensaje?

—Es de los archivos centrales de Los Ángeles. Se va a llevar una sorpresa, ¿sabe? En los otros golpes que se atribuyen a esos dos hijos de perra, Indio y Carnicero, siempre los había dirigido una mujer.

—¿Qué mujer?

—No se sabe. Jamás lo declararon ni hubo manera de sacárselo. Parece que tenían mucho interés en encubirla.

—Perfecto —dijo Murder—. Ellos han actuado ahora con dos mujeres, ¿no?

—¿Pretende decir que es alguna de las que han dado los golpes con ellos?

—Pretendo decir que es más que posible. Aunque también podría...

Miró a Loretta.

¿Por qué sus ojos se clavaron en ella?

¿Por qué lo pensó?

¿Por qué se preguntó en virtud de qué misteriosa ley aquella muchacha se había enganchado a él casi desde que empezaron las cosas?

Slim notó que algo pasaba por su cabeza.

Gruñó:

—¿En qué piensas, perro? ¿En merendarte a esa chica?

—No —dijo Murder sombríamente—. Por una vez pensaba en algo muy distinto.

Y se alejó poco a poco de allí.

Estaba convencido de que ya nada tenía que hacer en los estudios de la Universal. Los dos fugitivos, con su rehén, habrían huido.

Slim volvió a taparse las narices cuando él se alejó.

Era una cosa comprobada que a Murder, en todo el Departamento de Policía de Los Ángeles, se le apreciaba mucho. Hasta habían hablado de organizar una tómbola para costearle el ataúd, a ver si de una vez se moría.

Los Ángeles es una ciudad absorbente, una inmensa ciudad-carretera donde toda la vida parece desarrollarse a bordo de los coches que van y vienen sin cesar. Cualquiera de los miles y miles de automóviles en circulación podían albergar a los fugitivos, que quizá se estarían dirigiendo a Tijuana. Por eso Murder se estaba haciendo una sola pregunta, una pregunta que le obsesionaba: «¿Por dónde empiezo?».

La furgoneta de comunicaciones puesta a su disposición por Cramer podía haberle sido muy útil, pero algo le decía que necesitaba desembarazarse de Loretta. El hecho de que aquella mujer le siguiera a todas partes era algo que le daba que pensar.

Decidió ir entonces a los enormes archivos centrales de identificación que tenía la policía. Quizá allí encontraría algo sobre las costumbres de Carnicero y la chica a quien perseguía.

Las fichas de los delincuentes habían sido ya consultadas. Era lógico. Murder las encontró en una bandeja al margen de todas las demás.

Miró la fotografía de Cecile, la muerta.

Veintidós años, nacida en Detroit, ex camarera de un bar de Chicago. Detenida varias veces por robo y uso de drogas. Detenida

varias veces más por vagabundaje. Se sospechaba de ella que se dedicaba a la prostitución ocasional. Detenida también en San Francisco por intento de secuestro de un niño. Y siempre puesta en libertad rápidamente por buena conducta. Como los otros. Como si bastara con poner cara de buena chica cuando una entraba en un penal para que los de la Junta de Libertad Vigilada creyesen que el delincuente ya era apto para ir a los altares en línea recta.

Miró la ficha de Sonia, la otra fugitiva.

Veintiún años, nacida en Filadelfia, hija de una familia honrada que le dio una pasable educación. Había sido incluso asistente social en los barrios negros, y eso le hizo entrar sin darse cuenta en el mundo de las drogas. Lo que antes le había parecido monstruoso, le pareció natural muy pronto, al oír hablar de ello las veinticuatro horas del día. Según la ficha, descubrió además en su personalidad una serie de deseos ocultos y de pasiones disimuladas. Ninfómana perdida, habían pasado por encima de su cuerpo todos los cerdos de la ciudad. Cambiaba de amantes con la facilidad con que otra chica hubiera cambiado de ropa interior. Cometió robos para procurarse droga y luego asesinó a un niño porque su padre la había denunciado. Condenada a veinte años, también salió por buena conducta y por juvenil edad al cabo de tres. Desde entonces, se sospechaba que se dedicaba al vagabundaje.

En cuanto a las fichas, de Carnicero y de Indio, uno tenía que lavarse las manos después de leerlas. Causaba auténtica náusea. Desde el tráfico de drogas hasta las violaciones, desde los robos hasta los atracos, desde los homicidios «casuales» hasta los quebrantamientos de condena, todo figuraba en el historial de aquellos buitres a los que, sin embargo, se había considerado dignos de estar en libertad.

A veces Murder comprendía muy bien al *sheriff* Wonder cuando decía:

—La única cosa importante que hay que poner en la ficha de esos cerdos es esto: «Muerto por el disparo casual de un policía». Yo nunca castigo a mis hombres cuando se les disparan casualmente las armas.

Murder revisó las fichas una y otra vez, pero no encontró nada que le diera una pista. Quizá los fugitivos habían ido a buscar refugio entre los círculos de drogadictos, pero se tardarían semanas

en registrarlos todos.

Dejó otra vez las fichas en la carpeta.

Iba a retirarse cuando se fijó de nuevo en aquel dato que figuraba en la ficha de Sonia: «Antigua asistente social».

¿Era posible que conservase algún documento de aquella época?

¿Era posible que se estuviese sirviendo, de él para encontrar refugio en alguna organización caritativa, de esas que la policía no registra nunca precisamente por lo honradas y serias que son?

Murder apretó los puños.

Un sitio de éstos era ideal para esperar un par de días a que pasara la tormenta. Cuarenta y ocho horas después, la vigilancia se habría relajado y ellos podrían largarse a Tijuana. Era una posibilidad que de ningún modo cabía desdeñar.

Por la mente de Murder pasaron todas las instituciones de Los Ángeles que podían haber dado cobijo a unos tipos así. Y pensó que sólo podía haber una:

La Drug-Store de la avenida Sepúlveda.

El nombre de Drug-Store puede sugerir la idea de sitio donde se venden drogas, y en efecto así era. Pero se trataba de drogas controladas. Era uno de los últimos inventos, todavía en fase de experimentación, que la sociedad ha puesto a disposición de los toxicómanos para que puedan evadirse del círculo mortal de su vicio.

A los que llegan a un establecimiento de esa clase, generalmente mantenidos por capitales de centros de beneficencia, no se les pregunta nada. Basta con que digan ser toxicómanos, que pretenden liberarse de su condenada tendencia. Allí se les facilita habitación junto con otros que se hallan en el mismo estado; se les proporcionan comidas muy baratas y facilidades para lavar sus ropas. También se les facilitan drogas, pero en cantidades cada vez menores, hasta que llegan a no necesitarlas. Las conversaciones con sus compañeros, que también aspiran a curarse, facilitan este camino de redención.

Con ello se pretende que los toxicómanos que siempre escapan a las redadas de la policía, por miedo a que traten de curarlos en una clínica penitenciaria, vayan voluntariamente a centros donde podrán sanar sin sufrir ninguna condena y organizándose la vida ellos mismos. La caridad puede conseguir lo que no pueden

conseguir las penas.

Los ojos de Murder se entrecerraron mientras pensaba en todo esto. Carnicero, el fugitivo, podía haberse presentado allí como un drogadicto. Y si le garantizaba una asistente social con sus documentos en regla, no cabía duda de que sería admitido. Allí tendría un refugio ideal durante las horas críticas.

Sus nudillos produjeron un siniestro crujido. Los ojos de Murder volvieron a adquirir su expresión normal, qué era una expresión de hielo.

De acuerdo, iría a la avenida Sepúlveda.

Tomó un taxi y se hizo conducir a las cercanías del Drug-Store, Drug-Center y Drug-Shop

o Drug-Institution, que con todos estos nombres era conocido. Se trataba de una casa de dos pisos situada al fondo de un jardín, al otro lado de la cual había un gran recinto donde se almacenaban latas de gasolina con capacidad para un galón. La sensación que se tenía al acercarse allí, era la de la tranquilidad y el silencio.

Murder penetró en el jardín.

Podía equivocarse. Pero estaba seguro de que existían al menos siete posibilidades contra diez de que los dos fugitivos estuvieran allí.

Una mujer de aspecto bondadoso le atendió en la puerta:

—¿Dígame, señor...?

—Soy un detective privado —dijo Murder, no sabiendo si exhibir su credencial o su licencia municipal de circulación de perros.

—¿Un detective privado?

—Sí. Mire.

Murder fue a sacar el documento que le acreditaba.

Pero se equivocó. En lugar de esto, sacó una carta de una mujer en la que ésta le decía: «O vuelves conmigo o te mato con un abrelatas». Murder susurró:

—Perdone.

Volvió a equivocarse. Sacó otra de la madre de la chica que le había escrito primero. Esta segunda carta decía: «Si vas con mi hija y no vuelves conmigo, te estrangulo con un calcetín en la playa de Santa Mónica». Era todo un panorama. Murder susurró:

—Uno siempre tiene pequeños líos, ¿sabe? Y al fin pudo encontrar su licencia, la cual estaba unida a un par de facturas sin pagar.

—Quizá han venido hace poco un hombre y una mujer —dijo—. La chica debe llamarse Sonia y es asistente social.

—Sí, claro que han venido —dijo la mujer de aspecto bondadoso—. Llevan menos de una hora aquí.

Los nervios de Murder vibraron, aunque consiguió que para nada se alterase la expresión pétrea de su rostro.

Ya los tenía.

Con voz opaca y que manifestaba una absoluta falta de interés, preguntó:

—¿Dónde los han alojado?

—Habitación doce. Espere. Yo le acompañaré, siempre y cuando no venga a detenerlos. Ésta es una institución privada.

—No vengo a detenerlos —dijo Murder.

Y realmente no mentía.

Venía a matarlos.

La mujer ascendió por unas escaleras alfombradas y Murder la siguió. Llegaron al primer piso, que se parecía mucho al de un hotel o una residencia donde no hubiera lujos. Cada puerta tenía un número.

La mujer fue a llamar a la doce.

Murder susurró:

—Por favor, no se ponga delante. Déjeme.

Y fue a apartarla, pero ya no llegó a tiempo.

Carnicero era cualquier cosa menos un hombre distraído. Carnicero era cualquier, cosa menos un tipo que valorase en algo una vida humana. Carnicero era cualquier cosa menos un hombre dispuesto a entregarse, después de lo que había hecho.

Por eso la puerta se abrió de pronto, antes de que la mujer tuviese tiempo de hacer girar el picaporte.

Todo fue instantáneo.

Como un chispazo.

La mano armada con un cuchillo surgió por el hueco antes de que la mujer consiguiera retirarse. En realidad, no se había dado cuenta de lo que sucedía. Ni siquiera pudo gritar.

La hoja, de acero rasgó su garganta.

Murder lanzó una salvaje imprecación.

Vio el brillo neutro de la hoja de metal.

Vio el escarlata de la sangre.

Sin pensarlo ni un momento, disparó dos veces. No había venido allí a recitar poesías, sino a matar. Las balas blindadas de su «Cadix» se llevaron por delante parte de la puerta.

Pero Carnicero se había retirado a tiempo. Era un hombre tan ágil, tan escurridizo como una serpiente.

Murder pegó un salvaje puntapié a la puerta y entró en la habitación.

Fue un error.

Vio unos muebles destartalados, vio un suelo brillante con dos esterillas y vio la ventana.

También otras cosas.

Vio la chica.

Vio la metralleta.

Era un pequeño cacharro de tres piezas, con culata y cañón desmontables. Pero en el largo cargador cabían veintiocho balas, y las veintiocho fueron eh su busca.

La larga detonación fue como un trueno que llenó la casa entera. La chica disparaba con el cuerpo inclinado y los dientes apretados salvajemente.

Por suerte para Murder, también él era un perro viejo. En cuanto a agilidad y vista, Carnicero resultaba un aprendiz a su lado. Murder voló hacia un lado de la puerta mientras las balas le buscaban en el otro.

Y disparó contra Sonia mientras cruzaba el aire.

No le importaba matarla.

Cualquier parecido entre Murder y un caballero sería pura coincidencia.

Pero no se puede hacer siempre blanco mientras uno salta de un lado a otro de una habitación y mientras además intenta esquivar una ráfaga. Las balas de Murder produjeron solamente dos brutales desconchados en la pared.

La chica no lo pensó ni un segundo.

Había apretado el gatillo tan furiosamente que ya no le quedaba ni una bala. El trueno de la ráfaga llenaba aún el edificio entero.

Saltó entonces por la misma ventana por la que había saltado

Carnicero unos segundos antes. Murder, que ya estaba quieto en el suelo, tiró de nuevo a matar, pero tampoco pudo alcanzarla.

Brincó hacia la ventana.

Apostaba su piel a que antes de diez segundos los habría liquidado a los dos.

Pero tuvo una sorpresa de las que no se olvidan. Carnicero se encontraba en el patio posterior de la casa, aquel patio donde había numerosos bidones conteniendo cada uno un galón de gasolina.

Murder no lo comprendió en el primer instante, y eso estuvo a punto de costarle el pellejo.

Uno de aquellos bidones de gasolina volaba hacia él.

El detective no se movió. Pensó que en realidad poco daño podía, hacerle aquello. Cuando se dio cuenta de la situación, ya estaba a punto de ser demasiado tarde.

Una bala atravesó el bidón.

Carnicero acababa de disparar.

El calor de la bala bastó para que la gasolina se inflamase. Los cinco litros estallaron al mismo tiempo.

¡Y Murder estaba prácticamente en mitad de aquella inmensa llama!

Tuvo el tiempo justo para saltar hacia atrás mientras la habitación se llenaba de fuego. Retrocedió hacia la puerta mientras lanzaba una serie de imprecaciones en todas las cuales figuraba la madre de Carnicero. Luego rodó por las escaleras.

Tuvo que golpearse las ropas.

Las llamas estaban prendiendo en ellas.

Pero si los dos fugitivos habían creído librarse de él, estaban muy equivocados. Cuando Murder llegó al vestíbulo, se lanzó al ataque de nuevo a través de una de las ventanas de la planta baja.

Aquella ventana también daba al patio posterior. Cerca de los bidones de gasolina, aún se encontraban Carnicero y la chica.

Murder no lo pensó ni un momento.

Aquella pelea era una pelea de ratas rabiosas.

Disparó una sarta de balas contra los bidones que estaban más cerca de Carnicero. Todos estallaron en cadena, levantando en el patio un océano de fuego.

Carnicero se encontró casi rodeado por él.

Lanzó un terrible aullido de muerte.

Pero tenía una salida, por la cual estaba huyendo ya Sonia hacia la parte posterior de la casa.

Murder había agotado todas sus balas. Remetió el revólver, entre la camisa y el pantalón y se lanzó al ataque con los puños crispados.

Voló hacia las llamas. Cayó sobre Carnicero cuando éste no había conseguido salir aún de aquél círculo del infierno.

Los dos hombres se enzarzaron entre las llamas en una pelea a muerte. Una pelea sin piedad, sin perdón, sin moral y sin normas.

Ninguno de los dos disponía de balas ni había tenido tiempo de sacar su cuchillo. Sólo sus puños les servían. Sus puños y sus pies, con los que se castigaban cruelmente en sus partes más vitales.

Como aquel atroz puntapié que Carnicero logró asestar a la parte baja del vientre de Murder.

O como aquel rodillazo que Murder clavó en los riñones de su enemigo, y que hubiera bastado para destrozarse la espalda a un buey.

O como el golpe de karate que Carnicero, propinó en el cuello de Murder.

O como el choque «de horquilla» en los ojos que dejó a Carnicero ciego por unos momentos.

Todo aquello ocurrió en cuestión de segundos, mientras los dos hombres se enfrentaban en una pelea salvaje en mitad de las llamas. Otros combatientes hubieran quedado exánimes después de aquello, pero los dos se levantaron después de caer.

La sangre resbalaba por las facciones de Carnicero.

No se daba cuenta a causa del calor de la pelea, pero tenía los riñones destrozados. En cuanto a Murder, un simple roce en la entrepierna le producía un insufrible dolor.

Se encontraron de nuevo.

Las llamas rugían en torno suyo:

Los bidones iban estallando uno tras otro.

Aquello parecía un petrolero incendiado; en el cual sólo había sitio para la muerte.

En la casa contigua se oían gritos, pero nadie se acercaba por allí. La gente utilizaba la parte delantera para escapar. Los dos hombres estaban uno frente al otro nuevamente, como si se encontraran solos en el mundo.

Se oyó en la calle, a poca distancia, el rugido rabioso del motor

de un coche, pero ninguno de los dos hombres llegó a captarlo.

Murder preparó los puños.

Él era un auténtico experto en karate.

Su enemigo, al parecer, también lo era.

Pero a la distancia a que se encontraban, y rodeados de fuego por todas partes podía ser más contundente un buen gancho. Y Murder lo buscó con todas sus fuerzas, apoyando bien los pies en el suelo.

Carnicero venía hacia él.

Rabiosamente, intentó clavarle otra vez el canto de la mano en el cuello.

El impacto en la mandíbula le hizo levantarse del suelo.

Todos sus huesos crujieron.

Murder no le dejó rehacerse. Ahora disparó el canto de su mano izquierda.

Alcanzó de lleno el cuello de su enemigo.

Todo el cuerpo de Carnicero vibró a causa del dolor.

En teoría aquel golpe en la yugular debió haberle desvanecido, al privarle de riego de sangre al cerebro. Pero Carnicero aguantó. Intentó aún contraatacar con un golpe bajo.

Murder le golpeó el pómulo izquierdo.

Otra vez la mandíbula.

La sien derecha.

Los dos ojos...

Carnicero aullaba de dolor.

En el *ring* aquello hubiera sido un fuera de combate. Y allí también lo era, puesto que el asesino retrocedía sin saber hacia dónde.

En aquel momento el coche, cuyo motor se había oído antes, entró rugiendo en el patio. Sonia lo conducía. Mientras abría la portezuela gritó:

—¡Aquí!

Tambaleándose, Carnicero avanzó. Murder intentó seguirle, pero las piernas se le trabaron a causa del dolor. Cayó con la cara cubierta de sangre.

Vio que Carnicero aún tenía una posibilidad de huir.

Iba a entrar en el coche de Sonia.

Murder le arrojó encima uno de los bidones de gasolina que aún

no habían estallado.

Pero estalló con el calor infernal de las llamas. Estalló cuando Carnicero lo tenía prácticamente en los brazos.

Todo su cuerpo se convirtió en una espantosa bola de fuego. Lanzó un alarido inhumano. Sonia gritó también, mientras con la puerta del coche abierta intentaba maniobrar para que él no pudiese entrar.

Pero Carnicero entró.

Sus ojos castigados sólo veían aquella puerta. Aquel coche.

Aquella posibilidad de salvación.

Sonia lanzó también un alarido inhumano:

—¡Nooooo...!

La bola de fuego ya estaba dentro.

Ella intentó salir por la otra puerta. El coche dio un terrible bandazo. Las llamas del interior, traídas por Carnicero, estaban prendiendo en el tablier mientras el fuego del exterior lamía el depósito de gasolina.

De pronto, todo el coche estalló.

Se convirtió también en una inmensa bola de fuego.

Sonia y Carnicero se debatían dentro, sin poder escapar. Las llamas prendían por todas partes.

Murder se arrastró como pudo, escapando de aquel infierno.

Alguien aulló:

—¡Que llamen a los bomberos...!

Murder se pasó la mano por la cara y la retiró con los dedos empapados en sangre mientras gruñía:

—¡Que llamen a una chica...!

CAPÍTULO XIII

ALGO QUE NO CONCUERDA

Cuando Murder salió de allí, se oía el aullido de innumerables sirenas, un aullido penetrante que parecía llegar de todas partes. Pero el detective privado se arrastró junto a las paredes sin importarle demasiado aquello.

Otra cosa habría sido caso de ver a uno de los vehículos municipales que recogían a los perros vagabundos. En ese caso, Murder habría estado en peligro. Que él recordase, no se había vacunado aquel año contra la rabia.

Al llegar a cierta distancia de allí, empezó a respirar con un poco más de normalidad. El dolor a causa de los golpes recibidos iba cediendo. En un bar-dog,

una pequeña fuente para perros de las que hay en algunos barrios de Los Ángeles, se limpió la cara y se la secó con el pañuelo. Sus pensamientos parecieron aclararse entonces también.

Los asesinos estaban muertos.

Todos.

Habían reventado como ratas en una hoguera. Pero, sin embargo, había allí algo que no cuadraba. Sí. Algo que no acababa de encajar. Si los asesinos estaban muertos, ¿dónde se encontraba la rehén? ¿Dónde estaba la mujer a la que atraparon en el Banco? ¿Dónde infiernos se encontraba Jezabel Narrow?

No, no había olvidado el nombre.

Jezabel Narrow era la rehén. Pero en ese caso, ¿dónde la habían metido? ¿Quizá la habían dejado huir?

Murder se coló en una cabina telefónica.

Disco un número.

Al cabo de unos instantes le contestó la voz del *sheriff* Wonder:

—¿Sí...?

Murder gruñó:

—Ni siquiera hará falta pagar los entierros.

—¿Qué quieres decir...?

—Sus cenizas cabrán en una caja de cerillas. No recuerdo si usted me lo pidió.

—Es que...

Murder no le dejó hablar.

Le preguntó secamente:

—¿Ha sabido algo de Jezabel Narrow?

—No.

—¿No se ha puesto en contacto con usted?

—En ese caso, se lo diría.

—¿No se ha puesto tampoco en contacto con ningún centro de la policía?

—De ningún modo. Todas las informaciones están centralizadas en mi despacho. No ha llegado nada.

Murder no dijo nada.

Colgó.

Sus facciones se habían vuelto de color tierra.

Eso sólo podía significar que Jezabel Narrow estaba muerta. Aquellas hienas se habían deshecho del rehén para tener más facilidades a la hora de escapar. Podía significar eso o, por el contrario, que...

¿Qué?

Las facciones de Murder seguían siendo de color tierra.

Sus ojos parecían no mirar a ninguna parte.

No quería dejar paso a aquel maldito pensamiento venenoso, y sin embargo tampoco lograba alejarlo de su mente.

Fue a salir de la cabina telefónica.

Una mujer...

A aquella banda siempre la había dirigido una mujer...

¿Era posible que...?

Los pensamientos de Murder le hacían daño.

Sus sienes zumbaban.

No podía creerlo, pero sin embargo la respuesta estaba allí. Venía rodando hacia él, a unas veinte millas por hora. Consistía en aquel «Cadillac» color plata por una de cuyas ventanillas asomaba la metralleta.

Era Jezabel Narrow la que la empuñaba.

Y al volante iba Cramer.

Cramer, el hombre que le prestó ayuda... Una ayuda mediante la cual podía en cada momento saber dónde estaba y por tanto podía controlarle.

Cramer..., ¿podía haber hecho matar a Streicher, el que vivía en el ranchito de las afueras, sólo porque éste era un abogado valiente? ¿Porque había reunido pruebas suficientes para arruinar su carrera política? ¿Era posible...?

Bueno, allí estaba la respuesta.

Encerrado en la cabina telefónica, sin tiempo material para abrir la puerta; Murder sintió el frío de la muerte.

La metralleta estaba apenas a veinte pasos.

Y Jezabel Narrow apretó el gatillo.

Le envió un chorro de muerte.

CAPÍTULO XIV

HOMBRE BUSCA HEMBRA

Las balas, hubiesen alcanzado de lleno a Murder, que en aquel instante no tenía ninguna posibilidad de salir de allí, de no ser por el motorista que irrumpió en aquel momento en la zona de movimientos del «Cadillac». El lujoso coche, para acercarse más a la cabina, había tenido que irrumpir en la calzada contraria. No llegaba en aquel momento ningún coche por aquella zona, pero sí el motorista. Éste montaba una poderosa «Guzzi 750», con la que venía lanzado a gran velocidad. Materialmente se estrelló contra el «Cadillac». Salió despedido.

Por milagro no se mató.

Pero la estructura de su máquina había chocado con la metralleta cuando ésta enviaba el chorro de fuego. Las balas salieron disparadas en todas direcciones menos la cabina en que estaba Murder.

Éste salió.

Rodó por tierra.

Ya había introducido un nuevo lote de balas en su revólver antes de entrar en la cabina. Desde el suelo hizo fuego contra los neumáticos del «Cadillac». Éste dio un terrible bandazo, incapaz su dueño de dominar la dirección.

La metralleta seguía disparando, pero sin saber adónde. Jezabel parecía totalmente enloquecida.

A Murder le quedaban cuatro balas.

Las usó bien.

Fríamente.

Haciendo honor a su nombre.

Atravesó la cabeza de Cramer, quien había recobrado en parte la serenidad y trataba de aplastarle con la masa enorme de su coche.

Jezabel saltó.

El orificio redondo del parabrisas se había manchado con la sangre del millonario.

Con la metralleta a punto, la preciosa muchacha dio un salto de costado. La encaró hacia Murder. Éste comprendió que no iba a tener más remedio que tirar a matar.

Todo dependía de unas décimas de segundo.

Hizo fuego.

Una mancha roja apareció en la frente de Jezabel.

Pudo todavía apretar el gatillo.

Las últimas balas del cargador rociaron el asfalto, mientras el coche se estrellaba contra la cabina telefónica. Murder disparó de nuevo.

Al corazón. Y a la cabeza otra vez. No había motivo para que Jezabel Narrow se enterase de que reventaba.

No había motivo para que sufriese.

Luego guardó su arma mientras gruñía:

—Lo siento...

Se puso en pie y avanzó a lo largo de la calle. Tenía que telefonar a Wonder, pero la cabina había quedado inservible. Lástima. Al menos había veinte dólares en monedas esparcidos por tierra.

Pasó por delante de un cartel electoral. En el cartel estaba la cara de Cramer, por supuesto bastante más guapo que antes de morir.

VOTA A CRAMER,

DEFENSOR DE LA LEY Y DEL ORDEN

Murder chascó dos dedos.

Y se sonó.

A lo lejos había otra cabina telefónica. Desde allí podría llamar a Wonder.

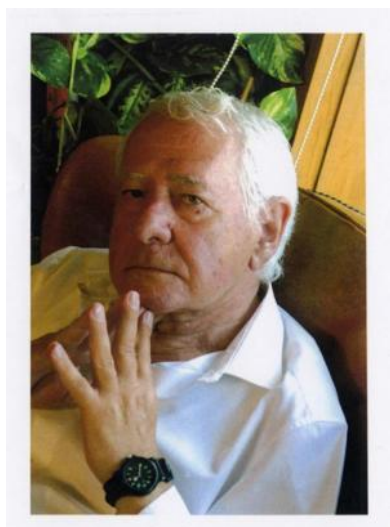
Pero, no. Que esperase Wonder. Que se fuese al cuerno. Antes llamaría a Loretta, la secretaria de Cramer.

Posiblemente, la succulenta muchacha se quedaría ahora sin trabajo.

Cuando Murder pudo establecer comunicación con ella murmuró:

—No te va a faltar trabajo. Al menos durante seis meses necesitareé estar dos horas al día dictando cartas...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.